

Ramón Galí

HYPATIA
Y LA ETERNIDAD

es
ediciones



Hypatia y la Eternidad

© Ramón Galí, 2009

www.ramongali.com

© Actis production S.L., 2009

Es ediciones

C/ Argumosa, 37- 3J

28012 Madrid

Teléf.: 915 308 554 - Fax: 913 281 032

www.esediciones.es

info@esediciones.es

Diseño de colección y portada: Alejo Ruocco

Servicios editoriales: Actis

ISBN: 978-84-936773-9-8

Depósito Legal: XXXXXXXXXXXXXXX

Impresión: Creapress

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito del editor.

Impreso en España

*A ti, abuela.
Esa niña eterna,
que baila y baila.*



*Si no se hubiera quemado la Biblioteca de Alejandría
ahora estaríamos... ¡en las estrellas!*

CARL SAGAN
COSMOS

*Si una vez cada mil años una golondrina pasara acariciando
con sus alas la superficie de una esfera de hierro del tamaño
de la Tierra, en el momento que, por la erosión infinitesimal,
la esfera hubiera desaparecido por completo
habría transcurrido el primer segundo de la Eternidad.*

J.P. GORTÁZAR



EL ESPÍRITU ETERNO E INDESTRUCTIBLE

SOY HYPATIA DE ALEJANDRÍA, SOY ETERNA. Soy eterna porque acurrucada en los pliegues del tiempo, y tras mi brutal asesinato, vencí a lo único que parece irreversible: vencí a la muerte.

¿Quieren saber qué sucede cuando nos liberamos del yugo de la materia? ¿Creen que la muerte es el fin, más allá de nuestra descendencia, más allá de nuestras obras? Yo también lo creía, desde el punto de vista de un ser lógico, de una matemática y astrónoma, de una filósofa. Pensaba, mitad racional, mitad lírica, como al contemplar la maravillosa geometría de un copo de nieve tras una lente, que al fallecer pasamos a estar escritos con polvo de estrellas. Y allí, integrando los astros, es donde están todos: nuestros abuelos, padres, hijos, hermanos, amigos, aquellos que amamos. Pero en verdad, ¿dónde están ellos ahora?

Desde el máximo respeto que me inspiraban, no abracé ninguna religión; siempre acuñé Ciencia y Dios en el anverso y reverso de la moneda. Pero admito que en dicha concepción numismática pesaba más el lado racional. Por ello, antes estaba

convencida de que las cien mil generaciones que nos precedieron con sus sueños y sus ilusiones ahora no eran más que materia cósmica inanimada. Si no negué ni afirmé a un Ser Supremo fue por falta de datos científicos que avalasen su existencia. Sí, sí, admito que es errado de origen este planteamiento mecanicista. Reconozco también que una figura divina sería tan fabulosa, su inteligencia tan inconmensurable que ningún mortal podría entenderla, siquiera identificarla. Ningún mortal podría asimilar conceptos como el Infinito y la Eternidad. ¿Hay, pues, alguna entidad que vele para que no se pierda una brizna de aquello que fuimos? ¿Son las propias leyes físicas del cosmos las que se encargan de tan elevada empresa?

Como científica, pensé siempre que solo disponíamos del tiempo en la Tierra para amar, para soñar, para aprender. Confieso que siempre tuve dudas razonables, pero no solo las que me suscitó la religión sino la lógica: al morir nuestra carne se desintegra, nuestro ser desaparece, pero, ¿en qué pergamino de qué sabio de la Atenas de Pericles está escrito que nuestros pensamientos, recuerdos, emociones estén fabricados con materia física o la precisen para cabalgar sobre ella?

Esta es la historia de un fabuloso viaje, a través del tiempo y del espacio, en busca del conocimiento humano. Es el relato de una singladura fascinante por los sinuosos meandros de la Historia; aunque debo advertir que es muy diferente a la que conocieron. Intuía que si la humanidad conseguía coronar la cumbre del Conocimiento yo también entendería en qué me había convertido, qué es lo que se esconde detrás de la muerte, y si existe Dios. La eterna batalla entre el Bien y el Mal está muy presente en este viaje y, por supuesto, en mi asesinato. Deslumbrante Saber y Terrorífica Ignorancia. Lo cierto es que el Mal siempre ha estado allá afuera, medrando en la oscuridad desde la noche de los tiempos. Si me acompañan en este viaje en pos del saber nos esperan penosas tribulaciones, ríos de

lágrimas, océanos de sangre, universos de dolor. Caso de que sobre ¿vivamos?, en menos de dos milenios habremos concluido nuestra misión.

Soy eterna porque acurrucada en los pliegues del tiempo vencí a la muerte.

¿Quieren saber cómo fue?

Retrocedamos entonces al momento exacto cuando sucedió.

**CRÓNICA DE UNA INFAMIA
O JESUCRISTO VERSUS PLATÓN
(marzo de 415)**

*Entonces yo, Hypatia de Alejandría, hija del astrónomo Teón,
me acerqué al oído del monje y susurré unas palabras
con la intención de que modificaran el curso de la historia humana.*

I

D ICEN QUE LOS ÁRBOLES sueñan con el lapislázuli del mar, con su turquesa cambiante mientras los humanos soñamos con el mañana. Pero, ¿y cuando alguien tiene la certeza inequívoca de que el futuro nunca existirá? Mi nombre es Hypatia de Alejandría, y hoy iba a morir despedazada a manos de una multitud enloquecida. Tenía poco tiempo, aunque estaba serena. Mi mirada recorrió los pergaminos para confluír en el Gran Faro que enmarcaban mis ventanas. Corría convulsa, incipiente, la primavera del año 415 de nuestra era en la ciudad que me vio nacer, situada entre el mar y el lago Mareotis, junto a la boca oriental del Nilo.

Pensé que el apodado «el Magno» quizás se removería incómodo bajo el mármol. Y lo haría cuando intuyera desde su infierno el terrible crimen a punto de perpetrarse en la ciudad que fundó. Quizás desde su universo solo recordara a sus falanges macedónicas conquistando Persépolis y Babilonia. Quizás no tuviera tiempo para una humilde neoplatónica como yo. Quizás, desde ese lugar al que los creyentes piensan que van los muertos, él soñara que la luz azul de un crepúsculo celestial lo

despertaría de su primer sueño, quedando atrapado entre ambos por toda la Eternidad. Y eso eclipsa cualquier otra inquietud, me temo. A pesar de ello, en la soledad de mi habitación, invoqué de viva voz:

—¡Oh, Alejandro! Recuerdo al héroe en sus guerras contra los persas. Me gusta pensarte enarbolando el puño de oro y marfil de tu espada épica para defenderme. ¿Lo harás?

Nadie contestó. Luego, como para impeler a aquel deseo a cruzar el umbral de la realidad, seguí gritando:

—...Si así fuere, hoy me transfiguraría en Helena de Troya y una turba infame emularía al príncipe Paris.

Pero el muerto siguió muerto y yo, la muerta en vida, viviendo ya mi final de una inminencia sobrecogedora.

En aquella mañana inmóvil de colores difusos, reaccioné: al más Magno de los Alejandros y a esta sierva del saber nos separaban siete siglos. Nos separaban muchos hombres y mujeres; un mar de tiempo inabarcable que dejaba pequeño al *Nostrum* que bañaba mis costas alejandrinas. Tenía poco tiempo y mi belleza madura jamás podría acercarse a la sobrenatural de la troyana legendaria, de la que cuentan que incluso podría hacer regresar a los muertos de sus quehaceres en el Más Allá. Las lápidas permanecerían selladas. Nadie, ni los muertos, moverían un dedo para salvarme.

Para mí era el día del Juicio Final y tenía poco tiempo.

II

AQUELLA MAÑANA, última de mi vida, había despertado sudorosa en una habitación tapizada de volúmenes de Ovidio y Eurípides, Séneca y Esquilo. En alguno de los textos que allí descansaban rezaba el viejo aforismo: «Ni aun permaneciendo sentado el hombre junto al fuego de su hogar puede escapar a la

sentencia de su destino». A través de mis ventanas miré de nuevo el enorme cíclope de mármol blanco que guiaba los barcos hasta el puerto de Eunosos, en la isla de Faros. «Soy nadie», le dijo Ulises al ojo de Polifemo, dejando atrás cualquier vestigio, cualquier prejuicio cultural pretérito. ¿Qué podía decirle a mi particular gigante pétreo? Él y yo compartíamos el Gran Secreto...

Entonces volví a recorrer con la mirada todos mis pergaminos y lloré amargamente con el llanto del que sabe que jamás vería otro atardecer incandescente, del que jamás contemplaría de nuevo el mar. Dicen que los árboles sueñan con sus olas y su azul cambiante así que cerré los parpados durante unos minutos para transformarme en uno de ellos. Entonces, como si nadie nunca pudiera cambiar un solo renglón del Libro del Tiempo, con el estoicismo que aprendí de Zenón y santificando la irreversibilidad de los ciclos históricos, asumí mi destino.

A continuación volví a hablar en voz alta:

—Mi mente es un reino y al futuro viajó, y allí de la realidad tomó notas. ¿O fue la realidad infinita la que se basó en mi recuerdo imborrable?

Después, más serena, guardé mis raíces de mandrágora. Tras asearme, me vestí con mi *tribón* de filósofa favorito, me perfumé con esencia de violetas y después de guardar con sumo cuidado un pergamino en el bolsillo, me dirigí al centro de la ciudad a buscar mi propia muerte.

Aquella mañana había despertado con esa certeza. Una premonición dibujada con la mano firme y gélida del dios de los muertos, hijo del titán Cronos y de la titánide Rea. Cuando salía de mi casa por última vez recordé como, hacía por lo menos una década, mi padre me había dicho:

—Desde tiempos del filósofo Isidoro se dice que los alejandrinos poseemos el don de la adivinación por medio de los sueños.

—Un regalo divino que ha sido glosado por Sinesio de Cirene, mi alumno más preclaro, en su obra *De insomniis* —respondí.

—¡Ten cuidado, Hypatia! —advirtió él—. La nave dorada del dios Tiempo rechaza a los viajeros que pretenden infiltrarse en un punto del trayecto que no les corresponde.

Cuando recibí a Sinesio para su supervisión nunca imaginé que yo misma poseería dicha capacidad anticipadora.

Volví con brusquedad de aquel recuerdo. Tenía que encontrar a alguno de mis amados miembros del *tetractys* pitagórico, de mis cuatro guardianes de la filosofía, para transmitirles una información vital de la que yo era única poseedora. Eso era quizás lo único que me inquietaba a medida que las arenas del tiempo descendían implacables por el cristal cónico.

III

EL RELATO DE MI CRIMEN, escrito con tinta homérica, alimentaría sin quererlo mi leyenda. Aquella infamia sería considerada la verdadera frontera entre la resplandeciente Antigüedad y las inquietantes centurias posteriores; Roma vivía en esos tiempos un crepúsculo sin mañana. La capital imperial había sido saqueada y zaherida por Alarico I, visigodo y tenaz, hacía un lustro. El suceso situaba al Imperio al borde de un abismo al que una burocracia insufrible y las guerras civiles terminarían de precipitar.

Algunas colonias soportaban ya el acoso bárbaro, pero Alejandría aún permanecía indemne, callada para que el monstruoso Caos no volviera su cabeza con lentitud, alertado de su presencia.

Allí, como en una burbuja ajena a la inclemencia exterior, había ejercido como matemática, astrónoma, docente y filósofa neoplatónica, además, de ser la última directora de la Biblioteca.

Dicha institución representó el más grande templo del saber que jamás existió, el *sanctasanctorum* del conocimiento hasta la Era de los Genios; y quiero pensar que fue administrado con sabiduría por mis predecesores. Al margen de mi conexión cósmica con la filosofía, la salvaguardia de ese templo se había convertido en la razón última de mi existencia. Sin embargo, al morir, aquella institución se transformaría en un mausoleo. La siniestra metamorfosis estaba a punto de acontecer.

Apreté el paso mientras cavilaba: ¿En qué piensa un ser humano cuando alcanza la orilla de su existencia? ¿En qué piensa cuando llega el borde de su abismo vital escuchando, tras la niebla, la voz de bronce del Cuarto Jinete? ¿En qué piensa cualquier ser cuando sabe que es un nexo que une lo finito con lo infinito, cuando ya se ve reflejado en las aguas de la eternidad?

El porqué o el cómo había llegado hasta allí era sencillo de entender. El patriarca Cirilo había urdido el asesinato motivado por mi alianza con Orestes, alumno mío, prefecto de Alejandría y máxima autoridad imperial de Constantinopla en la ciudad. El poder religioso del obispo discurría abiertamente enfrentado al poder político y la envidia de Cirilo se cocinaba a fuego lento dentro de las mazmorras que protegían sus férreos principios.

Un día comprobó que yo reunía en mi casa a los hombres y mujeres más ilustres del Imperio. Al pasar en su carruaje delante de mi vivienda vio una muchedumbre, y nobles caballos árabes atados en la puerta.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó, presa de unos celos corrosivos.

El empaque de senador romano que le confería su cabellera de plata, su perfecta barba también alba, su nariz recta y unos enormes ojos negros empezó a resquebrajarse cuando escuchó la respuesta:

—La hija del astrónomo Teón, Hypatia, nos hablará de Aristarco de Samos, de Hiparco de Nicea, de Eratóstenes de Cirene

y de Ptolomeo el egipcio y de cómo todos ellos descifraron el lenguaje del cosmos. Han llegado invitados desde Tebas, Antioquía, Cartago y hasta Damasco —le contaron.

—¿Pero quién es esa pagana y quiénes todos esos que le rinden pleitesía sin sonrojo? ¡Habla! —exigió.

—Algunos de sus oyentes y alumnos desempeñan altos cargos eclesiásticos e imperiales o se rumorea que lo harán, señor. Aquí, en la morada de su padre, ella aconseja y adoctrina a funcionarios, prefectos imperiales y gobernadores civiles de Egipto, a comandantes militares, a destacados líderes religiosos y a otros filósofos... todos ilustres prohombres y mujeres.

Cirilo sentenció:

IV

—PAGARÁ SU OSADÍA con la moneda de más valor. —Y, en verdad, me quedaba muy poco para consumir tan involuntario canje.

Mis oyentes me atribuían un discurso fácil, didáctico y ameno. Decían, aunque no lo creo, que era capaz de diseccionar las más alambicadas teorías y transformarlas en conceptos inteligibles hasta para las mentes más ajustadas. Desacertado es pensarlo, pero el caso es que fui considerada como una *rara avis* alejandrina. Contaba, eso sí, con el máximo respeto y afecto de todos los dirigentes municipales e imperiales. Al mismo tiempo, provocaba controversia por mis inquebrantables principios filosóficos. También los que me amaban decían que era muy rápida e ingeniosa en mis argumentos, y que desarmaba de forma demoledora a quien osara retarme en el terreno dialéctico. Dichas exageraciones forman parte de la leyenda, y estoy recordando el tipo de anécdota que quizás la alimentó. En una ocasión repliqué insolente al prefecto Aureliano:

—Tus palabras caducas, por no decir caducifolias, como hojas en otoño, no son nada más que flatulencias retóricas. Tu sonrisa es ácida, soluble, romana. No puedes sostener con ese aspecto de «yo solo pasaba por aquí» que *mi* filósofo Plotino ha hecho menos por la humanidad que el patriarca Cirilo. Mañana cuando tus palabras sedimenten sobre tu sentido común, te mirarás a un espejo roto viéndote tal y como te sientes. Mientras mi querido neoplatónico alcanzó el éxtasis divino por dimanación, tu querido obispo lo ha conseguido por difamación.

—Bueno, ciertamente, yo solo pasaba por aquí —me había respondido Aureliano entre humilde y jocosos, consciente de que por mi sangre galopaban cien corceles salvajes. El mito, desde nuestros ancestros, forma parte de la idiosincrasia humana. Necesitamos referentes y me temo que me convertí en uno sin buscarlo, sin deseárselo y sin merecerlo.

V

ERA CONSCIENTE de que disponía de muy poco tiempo para encontrar a mis discípulos. Si no actuaba rápido el secreto moriría conmigo y eso sería terrible para todas las generaciones venideras. Consagraría lo poco que me quedaba de existencia a intentar transmitirlo. En una intersección me dirigí, resuelta, hacia el centro de Alejandría.

Todo iba a acontecer durante la Cuaresma del año 415, en el cuarto año del episcopado de Cirilo, bajo el décimo consulado de Honorio y el sexto de Teodosio. Una muchedumbre infame y enloquecida, formada por monjes y parabolianos, el brazo armado del patriarca, buscaban a la pagana. Cirilo había difundido un rumor calumnioso:

—¡La idólatra Hypatia practica deleznable ritos de magia negra y artes satánicas!

Los hijos intelectuales de la Hélade ya habían vivido hacía tres décadas su infierno particular en Alejandría, bajo el puño de hierro del predecesor de Cirilo, que se había embarcado en una campaña contra el paganismo atacando el Serapeo, el templo de cultos no cristianos de la ciudad. Allí se atrincheraron los adoradores de dioses griegos, profesores de filosofía, de lengua y de literatura clásica. Y lo hicieron enarbolando un inasible politeísmo frente al muy tangible filo de las espadas imperiales. La estatua de Serapis que presidía el templo fue convertida en pedazos. El dios que aunaba atributos griegos y egipcios cayó sin que Cerbero, el perro de tres cabezas que guarda las puertas del infierno, pudiera hacer nada por protegerlo. Algunos sacerdotes escaparon a Constantinopla.

Los ecos de las revueltas alcanzaron los oídos del emperador Teodosio I que, una mañana, tras acariciar a sus perros, ordenó:

—Masacrad a los siete mil insurrectos de Tesalónica. Y vetad los Juegos en todo el Imperio. Desde hoy queda prohibida toda práctica pagana en Alejandría.

Yo evité implicarme en los disturbios al no compartir los ideales de los filósofos de a pie, y dije a mis discípulos:

—Este helenismo religioso con sacrificios a los dioses y ceremonias nocturnas no comulga con nuestros principios. Nosotros abogamos por un helenismo cultural.

Y por eso vivimos aquellos años turbulentos, admito no sin cierto remordimiento, desde nuestro trono de marfil. Pero una figura clave en la historia de Alejandría estaba a punto de irrumpir en escena.

VI

EL NUEVO OBISPO CIRILO, nada más enarbolar el cetro patriarcal, masacró a los novacianos, herejes que defendían la pureza casi enfermiza de las costumbres cristianas. Después de

expulsar a los heterodoxos, confiscó sus objetos litúrgicos y cerró sus iglesias.

Sin tiempo para decir amén se dirigió contra los judíos. Aquel hombre ambicioso, en su batalla por la integridad de la fe, cercenó sus poderes e infiltró un confidente entre ellos destinado a provocar disturbios entre ambas concepciones religiosas que culminaron en el saqueo de la sinagoga y el ostracismo de muchos hebreos. La comunidad religiosa había vivido en la ciudad, con relativa calma, desde tiempos de Alejandro Magno.

Después de esto, y para ejercer más presión contra el prefecto imperial, el obispo consiguió liberar a quinientos monjes cristianos de sus celdas de la ciudad de Nitria. El «ejército» de religiosos se manifestó contra el prefecto de Alejandría y una piedra, mal encarada, le alcanzó. Este, con indignación jupiterina, ordenó:

—¡Arrestad y torturad hasta la muerte al responsable de la trayectoria del proyectil!

El incidente envenenó del todo las relaciones iglesia-imperio y fue semilla de la planta carnívora de intolerancia que terminó devorando a todo y a todos... empezando por mí.

Mi apoyo incondicional y trasgresor al prefecto durante la crisis no contribuyó, precisamente, a preservar mi vida; todo parecía alinearse en mi contra. Los tiempos pretéritos ya arrasaban una maldición magnicida en la ciudad, quizá escrita por el espíritu de Alejandro o por el dios Plutón. El siguiente escarnio tendría lugar este mismo día. Hoy.

VII

CAMINÉ POR las amplias avenidas de Alejandría creyendo escuchar el ruido de los sables pues desde la expulsión de muchos judíos, cristianos y hebreos andaban enfrentados.

Angustiada, surqué calles antes suntuosas, jalonadas por columnatas, más elocuentes por lo que callaban que por lo que decían.

Desde los tiempos de Zenódoto de Efeso, Apolonio de Rodas, Eratóstenes de Cirene o incluso mi propio padre, todos los directores de la Biblioteca habíamos ido transmitiéndonos el Gran Secreto y era consciente de que me quedaba poco tiempo para hacerlo.

Apreté el paso hacia el céntrico y semidestruido barrio del Bruquión, donde se hallaba la Biblioteca; me pregunté si encontraría allí a alguno de mis discípulos. Quizá localizara a alguien en el pequeño almacén de pergaminos del Serapeo. Sin embargo, dudaba de que el sirio Olimpo se hallase en Alejandría; ahora era un acaudalado terrateniente de Seleucida y se decía que iba para obispo. Con Hesiquio tampoco tenía muchas esperanzas; en la actualidad ejercía de gobernador de la Alta Libia. Bastante tenía ya sobre sus espaldas sofocando revueltas. Qué lastima, pensé acariciando el pergamino de mi bolsillo, que mi amigo Sinesio de Cirene hubiese desaparecido; había formado, junto a los anteriores, el *tetractys* pitagórico, como decía, los celosos guardianes de los secretos de la filosofía. Aquel día le eché de menos más, incluso, que a mis adorados *San Platón* o *San Pitágoras*, a los que nunca perdoné que nacieran demasiados siglos antes que yo.

Mientras buscaba a mis discípulos seguí acordándome de mi amigo de Cirene, antes alumno. Sonreí al recordar el día que descubrí que Sinesio usaba un hidrómetro para la adivinación. Su impetuosa juventud le hacía sentirse, a veces, el centro del universo. Al final de una de mis clases de geometría divina le recomendé:

—Con extremo cuidado tira este aparato y construye un astrolabio.

Los ecos de la Teoría Geocéntrica de Claudio Ptolomeo y, en general, la ciencia de los astros siempre habían reverberado en casa, gracias al empeño de mi padre.

—¡Pero maestra! Yo...

Sin dejarle concluir, firme, pero con dulzura, repliqué:

—El estudio científico de los cuerpos celestes seguro que te proporciona muchas más respuestas sobre el espacio y el tiempo. No reinventes al sabio astrónomo, pues el orden de tres letras cambian por completo el carácter de su teoría: querido Sinesio, no es lo mismo geocéntrico que egocéntrico. Piensa en ello. «No hagas girar siempre tu pensamiento alrededor de ti mismo», decía Aristófanes de Atenas.

Lo cierto es que el malogrado Sinesio nunca pudo deducir con su instrumento las terribles profecías que los dioses habían puesto en mí durante el sueño. Los hilos luminosos que me ataban con esta realidad estaban a punto de quebrarse. De mi fusión con el conocimiento nació mi vida y ahora se acababa. Entonces lo vi a lo lejos.

VIII

YA DIVISABA la cúpula sustentada por ocho columnas del Faro cuando, por puro azar, topé con Ciro, hermano de Herculiano, mi antiguo alumno. Charlaba con otro funcionario municipal, y se alegró como siempre de verme. El otro servidor público, al reconocerme, se alejó discreto. Me limité, tras saludarlo, a preguntarle por él.

—Se halla en el Bruquión. Sé que deseaba acercarse a la pequeña biblioteca del Serapeo y allí tomar prestado un ejemplar de la antigua Biblia judía. Estaba inquieto y no supo decirme el motivo. ¿Qué está sucediendo, maestra?

Pero no le contesté, solo le di un fuerte abrazo en el que le transmití una pequeña porción de mi alma. Al alejarse volví la cabeza para regalarle una sonrisa al que, algún día, se convertiría en prefecto de Constantinopla.

Herculiano estaba bien relacionado, tenía trato familiar con miembros del gobierno y militares de alta graduación y ocupaba un puesto importante en la corte de Teodosio II. Sabía que estaba en la ciudad para mediar entre Alejandría y Antioquía, por disputas religiosas. De él, mi querido Sinesio siempre había dicho: «Es el mejor de los hombres, el hermano tres veces deseado». Sí, en ese momento me di cuenta: Herculiano era el hombre clave.

Noble, leal, discreto y con contactos influyentes, conocía a hombres muy poderosos y a eruditos de primer orden. Muchos de ellos habían sido estudiantes míos y se querían como una familia; eran una comunidad muy unida. Su nexa, su fuerza unificadora estaba representada por la solidez de los principios geométricos de Euclides y por un lema: «Bajo el signo de Hypatia», lo que me ruborizaba y honraba a partes iguales.

Herculiano, según su hermano, andaba ese día nervioso; quizá su sexto sentido le había anunciado que algo terrible iba a suceder. Conociéndole, si hubiera imaginado lo que se cernía sobre su antigua profesora hubiera derramado su sangre egipcia para impedirlo.

—He leído con Sinesio al filósofo Jámblico y sus elementos místicos me han hechizado de nuevo —me comentó la última ocasión que coincidimos—. La sensación que he tenido ha sido de enorme nostalgia. ¡No te imaginas cómo echo de menos tus clases!

—Ya sabes que, salvo cuando eligen a la figura de la circunferencia, los acontecimientos se disponen en una estructura irreversible en forma de flecha, querido Herculiano —repliqué recordándole el desgaste de la existencia.

—Eso me temo, maestra. Quiero que sepas que «Bajo el signo de Hypatia» no es un mantra que repito como un lema vacío, sino una máxima que gravita sobre mí. Llena de contenido y sentido mi vida.

—Sí, si todo el mercado te contempla atónito por el símbolo que flota insólito, ingrávito, encima de tu cabeza —bromeé en aquella ocasión antes de marchar.

Regresé de aquel dulce recuerdo. ¿Qué misterioso embrujo nos hace infravalorar el presente cuando es luminoso y luego añorarlo de forma insufrible?

Tenía que encontrar a ese hombre. Ya.

IX

LA ENORME FRANJA que era Alejandría se tornó demasiado extensa para mí: inmensas avenidas de mampostería y mármol, estatuas dormidas y obeliscos inermes, jardines y ágoras, gastados mosaicos, grandiosos edificios administrativos y magnos palacios se me antojaron interminables. El exceso pétreo se tradujo en un pertinaz dolor de cabeza. Con las prisas y la excitación había subestimado las distancias de la ciudad. Desconocía el momento exacto del desenlace fatídico así que decidí alquilar un carruaje, por un cuarto de talento, para desplazarme.

Quizás aquella fue una de las más desafortunadas ideas que tuve en toda mi vida.

En sus momentos más gloriosos, poco antes de su declive, Alejandría se había convertido en la equivalente a la Atenas del siglo V antes de Cristo. Pero ahora me encontraba prisionera en la jaula de oro que algún día fue.

—Bruquión, por favor.

El viejo templó al jamelgo mientras se apoderaba de mí un pensamiento: nadie podría reconducir una situación que al Estado y a la Iglesia se le había ido de las manos. Mediaba entre ambos un abismo de incomprensión que, sin duda, desembocaría en sangre y fuego. Eso en cuanto a lo doméstico, porque en el exterior los pueblos germánicos aporreaban las puertas del

Imperio Romano de Occidente y pronto las derribarían. La cabeza me punzaba como si esas puertas me hubieran caído ya encima. Alejandría se erigía como el último refugio, la mano de la lucidez que se agitaba angustiada en las arenas movedizas de la confusión. Como matemática, la ecuación poseía una claridad meridiana:

CONFLICTOS INTERNOS + CONFLICTOS EXTERNOS = CAOS TOTAL

La ansiedad no tenía origen en la certeza de mi muerte. Mi objetivo no era salvar la vida, que daba por perdida. Ya vislumbraba entre la niebla la barca de Caronte, hijo de la Noche, y muy pronto tocaría las aguas de mi puerto. Mi objetivo era salvar la Biblioteca de la barbarie. Había deducido que, una vez acabaran con la «guardiana del saber», arremeterían contra el propio conocimiento simbolizado en los doce mil volúmenes que se conservaban desde el final de la dinastía ptolemaica.

El hombre que guiaba ducho al flaco caballo sorteó a otros carruajes, esclavos y comerciantes que evolucionaban por la Avenida Magna, como siempre había serpenteado yo entre los dogmas impuestos por la Iglesia o el Imperio. En ese momento recordé cómo había intentado, sin éxito, convencer al obispo Cirilo de las similitudes del pensamiento cristiano y el neoplatónico:

—Señor, es muy probable que *vuestro* Jesucristo y *mi* Platón, con Plotino como suplente, se enfrenten en complejos juegos de geometría cósmica allá donde estén. Quizás sentados sobre una estrella. El dios de los cristianos jugará con los ojos vendados y mis filósofos perderán siempre, a pesar de que todos los grandes hombres y mujeres del pasado les animen desde la grada y les susurren las jugadas.

Pero mi interlocutor, lejos de ser receptivo, fue abiertamente hostil. Los celos, la frustración y la envidia del patriarca ante mi popularidad eran afiladas conchas marinas y cortantes fragmentos

de cerámica en potencia. Al parecer, mis influencias y la autoridad moral que me había labrado durante décadas, ante las cuales Cirilo se sentía amenazado, habían despertado alarma y miedo en el clero. En aquella ocasión me contestó:

—¡Calla, gentil! Tus palabras son heréticas y tus poemas, desafortunados. El concepto laico de ascensión al cielo, hacia la divinidad, que propugna tu filósofo egipcio, pisotea las Sagradas Escrituras y luego defeca sobre ellas.

—¡Pero, señor, si hablamos de la misma Verdad contemplada desde las dos orillas!

Sin embargo, mis palabras eran combustible que alimentaba el fuego interior del patriarca. Las venas inflamadas de su cuello parecían a punto de estallar:

—¡Calla, calla, desgraciada! —En su respuesta percibí un odio casi material.

Disponía de escasos minutos hasta alcanzar el Bruquión. Exploré mis sentimientos, mis sensaciones y, al margen de la necesidad imperiosa de transmitir el Gran Secreto, encontré paz. Una paz interior atesorada durante décadas, esculpida por las plumas de los filósofos, forjada desde el amor que profesaba al conocimiento.

Mis principios habían hecho de mi castidad un modo de vida alternativo no siempre fácil de sobrellevar, lo admito. Las dudas siempre las guardé para mí y ahora, en esa recta final, afloraban de nuevo. ¿Era necesario renunciar a los placeres terrenos para alcanzar la Verdad? Salvo en algún momento, no había sentido la llamada de la carne. En el último capítulo de mi vida terrena experimentaba la serenidad interior que proporciona ser coherente con los principios. ¿Hay algo más importante en la vida?

Respecto al mundo que todavía me rodeaba un hombre, un antiguo alumno, iba a materializar con palabras, desde el otro lado del tiempo y volviendo de la muerte, mis propias inquietudes en unos instantes.

X

PRONTO PARTIRÍA hacia el más fabuloso viaje que realizó nunca ningún ser y que me haría salir de la misma historia humana. ¿Era ello posible? Extraje de mi bolsillo la última carta que me había escrito años atrás mi amado amigo, Sinesio de Cirene, antes de morir y me sumergí en el texto; quizás era la mejor forma de resucitarle para que estuviera conmigo en los últimos momentos:

*Cirene, Región Cirenaica, Valle de Djebel Akhdar
A 12 de febrero del año 412*

Mi theiotatos, mi santísima Hypatia:

En primer lugar he de decirte que mi devoción incorruptible por ti había declinado suavemente en los últimos tiempos por la ausencia de respuesta a mis misivas. Sin embargo, admito que he canalizado mi enfado, tal y como nos enseñaste, y su metamorfosis lo ha transformado en una dulce sinfonía de amor y apoyo incondicional. Interpreto que tu afán sobreprotector te hace mantener una prudencial distancia de los que amas porque intuyes que se ciernen sobre tu persona tiempos difíciles; no quieres que la desgracia que te envuelva pueda salpicar, de algún modo, a cualquier miembro de nuestra comunidad. En cualquier caso, necesito escribirte para, por un lado, manifestar mi preocupación por esos nubarrones que puedas ver en el horizonte y, por otro, para transmitirte mis propias inquietudes. Enmarco tus desvelos en el turbulento clima que se vive en Alejandría desde la llegada del nuevo patriarca. Temo mucho que los trabajos de Hércules queden nimios frente a la labor de reconducir la situación. Mi salud es ahora precaria, pero cuenta conmigo porque todo lo que soy te lo debo a ti. Me forjé en tu

fragua y me tendrás a tu lado si me necesitas, hasta mi último aliento. Estarás en mí incluso cuando me guiñe el ojo el dios Hades.

He tenido mucho tiempo para observar y reflexionar sobre las enseñanzas que nos transmitiste, las enseñanzas de toda una vida. Creo que a todos tus alumnos nos reunió la diosa Fortuna en una encrucijada, en un lugar y un tiempo excepcionales. Los secretos del cosmos, la permeabilidad a la belleza, la cuantificación de la divinidad, fueron misterios revelados por ti, nuestra guía verdadera. Reflexiono y recuerdo con enorme nostalgia, por ejemplo, tus clases de astronomía que más asemejaban un homenaje cósmico a la creación, y de cómo nos imbuiste la idea de que esa ciencia milagrosa es en sí misma una forma divina de conocimiento. Es la ciencia la que abre el camino a la teología. A través de las matemáticas, de su mano, alcanzamos el entendimiento de los impenetrables conocimientos metafísicos. Mis inquietudes y objeto central de mi carta, además del apoyo y preocupación hacia mi maestra antes mencionado, tienen su origen en una frase del discípulo del maestro Platón. Esa frase del indecible Plotino ha estado orbitando a mi alrededor toda mi existencia, como lo hacen los planetas alrededor de los astros. El maestro, buscando romper las cadenas que nos unen a la materia, sostenía: «Entrégate a las cosas superiores y por completo a la contemplación de la realidad y del origen de las cosas mortales».

Bien. Creo que ese estado de liberación total de las emociones y de los afectos hacia todo lo material es muy complejo de alcanzar. Recuerdo que fuiste definitiva con ese alumno que se enamoró de ti, idealizándote. Aprendió la lección cuando, para transmitirle esta idea de desapego a lo físico, le mostraste la cara más encarnada de ti misma; tu feminidad menstrual. Ese choque —de bruces— contra la realidad le hizo recapacitar y entregarse, desde ese día, a lo espiritual. Sin embargo, este

hecho anecdótico no me hará desviarme de lo sustancial: ¿Cómo puede el ser humano entregarse a lo superior, tal y como propugna el filósofo, si no tiene cubiertas sus necesidades mínimas materiales? Somos privilegiados, como antes comentaba, puesto que todos tus discípulos nacimos en el seno de familias acomodadas. Pero la pobreza física ronda a nuestro alrededor recordándonos la miseria moral de nuestros corazones. Antes no fue así, pero ahora el Imperio se resquebraja en mil pedazos y en cada uno de ellos infinidad de almas suspiran por un trozo de pan. ¿Quién se va a acordar de Aristóteles o Porfirio si los harapos de los campesinos hieden mientras se dejan los años, el sudor, en una agricultura de subsistencia que no alcanza el umbral digno?

Mis palabras podrían generar un encendido debate arguyendo mis antagonicos que el que no tiene nada también puede alcanzar lo Uno, la sabiduría infinita, a través de la meditación. No lo niego. Lo que me parece claro es que será mucho más asequible la cumbre espiritual si se dan ciertas condiciones. Me gustaría poner de relieve dichas premisas, además de la ya mencionada. Por ejemplo, los que disponiendo de un estómago lleno tenemos, sin embargo, un difícil acceso a la cultura. Desde que al morir tu padre te pusiste al frente de la Biblioteca erigiéndote como su guardiana, te habrás hecho consciente de que las joyas bibliográficas que allí se guardan son privilegio de unos pocos. ¿Quién se va a dedicar a la contemplación y estudio del cosmos si antes no ha leído a los clásicos? Esa transmisión cultural debería llegar a las cuatro esquinas del mundo, a todos esos lugares de los que nos habló Sófocles. No tengo la solución, pero imagino ejércitos de escribientes realizando millones de copias de los pergaminos y ejércitos ecuestres para difundirlos. Además de los factores mencionados, no podemos olvidar esos jinetes del Apocalipsis que nos rondan: el hambre y las enfermedades.

En fin, para terminar quería reiterar lo importante que es para mí hacerte partícipe de mis reflexiones, puede que un poco inconexas y que quizá tengan mucho de aristotélicas por su pragmatismo, lo admito. Asimismo, me hubiera gustado verte por muchas razones e incluso alguna práctica; mi ascensión al episcopado ha generado algunas dudas teológicas que ya le transmití a mi hermano Euoptio, y que querría haber debatido contigo. Supongo que él me relevará como obispo de la Tolemaida cuando yo muera y, con certeza, desempeñará sus funciones mucho mejor que este humilde servidor de Dios. Hoy, quizás más que nunca, necesito a mi guía para que me lleve hacia la Luz; no a los filósofos de mentira de manto blanco o a los monjes farsantes de manto negro. La filosofía mística que nos enseñaste basada en la virtud, la belleza, la contemplación, ¿de veras choca de forma frontal con lo que dicen los Evangelios? Mi amada, mi querida, mi santa, mi theios, Hypatia, ¿no es cierto que Platón y Jesucristo plantean los mismos conceptos casi con las mismas palabras, pero desde diferente prisma?

*Te ama, por siempre, por toda la eternidad,
Sinesio*

—Allí nos reuniremos, mi amado Sinesio. En el fin de la eternidad, donde para los cristianos residen Dios, los santos y los poetas que descifraron el cielo. Yo creo que seremos polvo de estrellas, aunque espero que de la misma —dije en voz alta mientras plegaba la carta de mi amigo.

Era la primera vez que la leía y también sería la última: sus palabras calaron en mí con profundidad, pero la realidad golpeó a mi puerta bruscamente disipando el recuerdo.

XI

LLEGUÉ A LA ENCRUCIJADA, aunque sería más correcto denominarla callejón sin salida. No tenía duda al respecto cuando divisé, en medio de un tumulto de griegos, al monje Filamón. Dos cretenses discutían de forma acalorada con un rodio y un macedonio. El religioso parecía mediar para que no brillaran las hojas de sus dagas. El adverso clima entre judíos y cristianos parecía haber contagiado a toda la ciudad. En otros tiempos, Filamón había asistido a mis clases con idea de acumular pruebas contra mí y mi paganismo. Sin embargo, el efecto fue el contrario; según sus propias palabras:

—La experiencia vital de tus lecciones en las que, incluso, se cantan himnos para acentuar la cognición y se representa a Virgilio, me han dejado una huella indeleble. Cirilo me había advertido antes de sumergirme en ese microcosmos helénico: «Serás el hazmerreír de todos y escaparás avergonzado; ella es más sutil que una serpiente e incluso ha conseguido que el prefecto imperial, Orestes, deje de ir a misa...». Pero, como es obvio, se equivocaba.

A pesar de las sibilinas advertencias, la relación profesora-alumno derivó en una amistad de sólidos eslabones. Por esa razón, cuando el monje me vio se le descompuso el rostro. En cuanto se enteró de lo que iba a suceder se había dirigido presto a avisarme, hasta que topó con esa reyerta; Alejandría era una espesa marea de descontentos de todo pelaje por la que era difícil avanzar. Sin bajarme del carruaje que ya había detenido el conductor, vi mi propia muerte pintada en la cara de ese hombre.

Una turba de indoblegables cimarrones se empezó a abrir paso hacia el carro. El viejo que lo conducía, al percatarse de la situación, salió corriendo como llevado por el diablo. Dos docenas de hercúleos parabolianos abrían paso a golpes a más de

cien monjes que irradiaban fuego por sus ojos. Un grupo de galos semitas tuvo la desafortunada idea de hacer frente a la serpiente humana de odio y terminó cosido a machetazos. Divisé desde mi atalaya lo que se me venía encima, pero reaccioné como decían los griegos, con *sôphrosynê*, con un autodomínio que hasta a mí misma me sorprendió. Ya no podía escapar; la muchedumbre, huyendo de los salvajes, había bloqueado el paso al caballo. Antes de que se consumara la tragedia, y tal y como lo había soñado, hice acercarse a Filamón. Una vez ubicado a mi vera me agaché despacio hacia él, sin descender del carruaje. Calculé que disponía de apenas unos instantes. Tiempo suficiente. Entonces yo, Hypatia de Alejandría, hija del astrónomo Teón, me acerqué al oído del monje y susurré unas palabras:

—Busca a Herculiano, alto funcionario de Teodosio, y dile de parte de la hija de Teón... —El religioso cerró los ojos con fuerza para recordar con precisión mis palabras o quizá para no ver la jauría mortal que se nos venía encima...

... Donde el cíclope ígneo termina de trazar la trayectoria de las naves empieza, asimismo, a pintar la senda de la sabiduría. La nueva zarza ardiente dictará el rumbo para el hombre, ungiendo con los pilares del conocimiento.

En ese momento Filamón voló, despedido por el manotazo de un paraboliano. El hombre, maltrecho en el suelo, continuaba con los ojos cerrados y su boca dibujaba palabras sin cesar. Pero no estaba rezando; consciente de su trascendencia, repetía una y otra vez lo que le había dicho. Fui cogida en volandas y llevada hasta Pedro, el lector, monje líder de la revuelta. El único motivo por el cual mi antiguo alumno y amigo no terminó pisoteado y muerto por la masa fue por su condición de religioso; conocía a muchos de los insurgentes y su antigua amistad con Pedro le salvó la vida. Y ello nos salvó a todos.

La horda de incondicionales al obispo, tras alcanzar el carruaje, me sacó con extrema violencia de él, arrastrándome hasta la iglesia del Cesarión.

XII

DESDE LA PERSPECTIVA del vulgo, una mujer encaramada a la élite intelectual y económica, la que me proporcionaban mis alumnos, no generaba especiales simpatías. Así que la masa anónima no movió un dedo. «A quienes Dios quiere destruir, primero los enloquece» decía el bueno de Eurípides. Y para mí es un loco aquel que mira para otro lado cuando se desmorona el mundo a su alrededor.

El escenario de tan atroz deshonor, el antiguo templo de culto del emperador, y la fecha elegida parecían unirme por un hilo invisible con otro personaje histórico, mucho más conspicuo que yo: ni Julio César ni una servidora supimos guardarnos de los *idus* de Marzo. La suerte que corrí ya es conocida. El hecho de mi desaparición física acaeció tal y como fue trazado en mis sueños.

Los monjes me desnudaron por completo o, para ser exacta, me arrancaron la ropa con violencia en una fuente ya dentro del antiguo templo. Luego me dejaron unos minutos de pie, con el agua llegándome a las rodillas, convertida en el epicentro de todas las miradas. Una vez allí, la conjunción de la luz que se filtraba por las vidrieras iridiscentes, mi serenidad, los nenúfares que cubrían parte de mi piel y la brisa de violetas que siempre me precedía, me hicieron sentirme más bella y segura que nunca. Algunos monjes parecían desconcertados ante la que luego describirían, amplificando la realidad, como la «casi mitológica fuerza de su imagen».

Me ruboriza más relatar la escena que otrora vivirla, así que parafrasearé a un buen cronista de lo sucedido, advirtiendo no obstante la carga de exageración poética que tienen sus palabras. De todos los textos, reconozco, este es el que más alimenta mi ego por épico, algo que necesito en mi situación actual: la soledad más absoluta y demoledora que puede sentir cualquier ser pensante. Solo añadiré un dato al escribiente: Mi dolor de cabeza había desaparecido por completo.

El texto decía lo siguiente:

XIII

«LA POTENCIA INCLEMENTE DE SU SABIDURÍA, CONCENTRADA EN SUS OJOS, LA DOTABAN DE UNA HERMOSURA HOMÉRICA QUE NUNCA TUVO DE MÁS JOVEN. ESTA BELLEZA SE VEÍA REFORZADA POR UNA SERENA SONRISA QUE, ANTE LA INCREULIDAD DE SUS PRONTO ASESINOS, PINTABA SU ROSTRO. SU DULCE BOCA SE AMPLIÓ HASTA CONVERTIRSE EN CARCAJADA; LOS VIOLENTOS SE FROTABAN LOS OJOS SIN CREER LO QUE VEÍAN. ¿QUÉ TENÍA DE GRACIOSO ESTAR A PUNTO DE FENECER DE LA FORMA MÁS HORRIBLE IMAGINABLE? ANTES DE MORIR, HYPATIA LA ALEJANDRINA, BUSCÓ EN SUS ÚLTIMAS PALABRAS UN PENSAMIENTO AL QUE ABRAZAR, Y LO ENCONTRÓ EN LA PROPIA VISIÓN FUTURISTA QUE TUVO DORMIDA, CERRANDO UN CÍRCULO TRAZADO CON EL COMPÁS DE LOS DIOS. SE RECORDÓ A SÍ MISMA, EN SU PROFÉTICA EXPERIENCIA ONÍRICA, SUSURRANDO LAS NEOPLATÓNICAS PALABRAS QUE, SEGÚN CUENTA LA LEYENDA, PRONUNCIARÍA. EL LIRISMO DE LOS OJOS DE AQUELLA ERUDITA, EN EL MOMENTO DE MORIR, ESCONDÍA UN SECRETO INENARRABLE ENVUELTO EN LAS ESQUIRLAS DEL HELENISMO QUE REPRESENTABA:

MI CUERPO MORIRÁ, PERO MI ALMA SERÁ ENTONCES UNIVERSAL Y VAGARÁ POR LOS SIGLOS HASTA QUE LA HUMANIDAD ENTERA ALCAN-CE EL NOUS, LA SABIDURÍA MÁXIMA QUE EMANA DE LO UNO.

UNA VEZ ALLÍ, EN INDECIBLE AQUELARRE, LA DESHONRARON Y LA DESOLLARON VIVA PROVISTOS DE FRAGMENTOS DE CERÁMICA Y CONCHAS HASTA SEPARARLE LA CARNE DE LOS HUESOS CON UNA SAÑA INCONCEBIBLE. LUEGO, LA ENLOQUECIDA MUCHEDUMBRE DE FANÁTICOS LA DESPEDAZÓ ARRANCANDO SUS MIEMBROS UNO A UNO. ACTO SEGUIDO, SUS RESTOS FUERON ARRASTRADOS HASTA UN LUGAR LLAMADO CINARON Y ALLÍ LOS QUEMARON CON INAUDITA BARBARIE, DEJANDO AL SER HUMANO EN EL ÚLTIMO PELDAÑO DE LA PIRÁMIDE EVOLUTIVA.

—TUS DIOSES HAN QUEDADO REDUCIDOS A POLVO A LOS PIES DE CRISTO VICTORIOSO, PAGANA RECALCITRANTE —MASCULLÓ EL PATRIARCA CIRILO CUANDO LLEGÓ A SUS OÍDOS LO ACAECIDO, DOTADO DE UN INQUIETANTE FULGOR LUCIFERINO EN LA MIRADA. DESPUÉS DE ESTAS PALABRAS Y ATEMPERANDO EL ODIO DE SUS PUPILAS AÑADIÓ—: QUE THEOTOKOS, MADRE DE DIOS, SE APIADE DE SU ALMA Y LA REDIMA ALLÁ EN EL REINO DEL PADRE.

LOS ASESINOS JAMÁS FUERON CASTIGADOS.

ORESTES FUE DESTITUIDO Y NUNCA SE VOLVIÓ A SABER DE ÉL.

CON LA MUERTE DE AQUELLA MUJER TESTARUDA PERO DE OSTENSIBLE DELICADEZA MORAL, ASCETA, PROFESORA DE ONTOLOGÍA Y ÉTICA, DE TITÁNICA FORTALEZA DE CARÁCTER, QUE SUPERÓ A TODOS LOS FILÓSOFOS DE SU TIEMPO, MURIÓ UN UNIVERSO. CON SU MUERTE FENECIERON, ASIMISMO, LA LIBERTAD DE INVESTIGACIÓN Y PENSAMIENTO, HOMERO Y PLATÓN, LA IMPRONTA ROMANA Y GRIEGA. CONCLUYÓ, JUNTO A ELLA, ESA ÉPOCA JASPEADA DE PERFECCIÓN Y CONOCIMIENTO QUE FUE LA ANTIGÜEDAD. SU DESTINO ERA REUNIRSE CON LOS DIOSES, PARADIGMAS DE BELLEZA Y SABIDURÍA, AUNQUE IMPREGNADOS DE LA INEQUÍVOCA CONDICIÓN HUMANA. ES LÍCITO PREGUNTARSE:

¿QUÉ HUBIERA SUCEDIDO SI NO HUBIERA MUERTO LA SABIA ALEJANDRINA? ¿QUÉ HUBIESE OCURRIDO SI AUN MURIENDO HUBIERA PODIDO PRESERVAR EL TESORO MÁS PRECIADO, QUE SIMBOLIZABA EL CONOCIMIENTO, CON MAYÚSCULAS?

¿QUÉ LE HUBIERA DEPARADO A LA HUMANIDAD SI SE HUBIERA SALVAGUARDADO, DE ALGÚN MODO, EL INGENTE Y VALIOSÍSIMO VOLUMEN DE INFORMACIÓN DE LA BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA?».

AGAMENÓN II DE DAMASCO
Crónicas de una diosa en la Tierra

Bien, aquí acaba la breve, bella e idealizada, insisto, crónica del amanuense que tanto me honra. Y ahora cabe preguntarse: si había desaparecido, ¿cómo es posible que pueda estar contando todo esto desde un futuro?

La cuestión quizás sea: ¿Por qué todo lo que yo una vez fui, Hypatia de Alejandría, tendría que desaparecer por completo con mi muerte física? Primero de forma tímida, como una golondrina al viento, trataría de mellar la eternidad que se erguía ante mí. Pero si la sutileza no funcionaba no estaba dispuesta a desintegrarme con mansedumbre, a hacerme soluble en el universo, a diluirme en el cosmos, como lágrimas en la lluvia, como un grano de arena en las orillas del infinito. Todavía tenía mucho que hacer.

No. Jamás. Lucharía contra las propias estrellas, contra todos los dioses si hacía falta. Nunca me rendiría, aunque me costase el fuego eterno, la ira de los señores del universo. Jamás.

Los que lean estas palabras que siguen serán testigos.

PRIMERA PARTE
LA ERA DE DIOS



Capítulo Primero

EL EMPERADOR INSOMNE O LA GLORIA DEL IMPERIO BIZANTINO (540-565)

No podía esperar más. Si aquel hombre desaparecía, la embarcación sobre la cual navegaba en mi nueva existencia naufragaría... y probablemente yo con él. Tenía que actuar y hacerlo YA.

I

EL TIEMPO ES LA IMAGEN de la eternidad en movimiento», sostenía mi idolatrado Platón. Sentí en mí la sustancia de la que está hecha la eternidad como algo líquido, casi viscoso. Después pareció sublimarse hasta adoptar una forma geométrica elipsoidal de tamaño grandioso. Me sentí el sueño de un dios, un juguete roto en sus poderosas manos.

La armonía del cosmos penetró en mí sin avisar. Y lo hizo como la luz de mil crepúsculos estelares; extendiendo las orlas de sus mantos me guiaron hacia las puertas del Cielo. Detrás de ellas los creyentes suponen la apoteosis de la belleza, el delirio máximo de los sentidos. Mi pensamiento me condujo a través de un sendero de razonamientos por el que caminaba ciega, sorda, descalza, desnuda.

Siento. Sí, siento. Soy, por lo tanto. Sigo siendo, aunque todavía no sé qué. Recuerdos. Sí, conservo incólumes mis recuerdos, o al menos razonablemente desdibujados. En verdad, somos nuestros recuerdos, nuestras añoranzas, láminas impresas en

nuestra memoria, por lo que sigo siendo, al menos, algo de lo que fui alguna vez. Sin embargo no estoy. Soy, pero no estoy. No existe ningún lugar en mi nuevo estadio y el tiempo no fluye... *con normalidad*, no fluye de forma lineal. Mas lo percibo como ese elipsoide inmenso, extraordinario, única dimensión existente desde mi «aquí».

Todo aquello tenía que poseer una explicación racional, científica, pero que desbordaba las murallas de mi intelecto enclavadas en la frontera misma del conocimiento humano.

Al parecer, el divorcio entre la materia y el ser se había consumado.

Entonces, como dirigida por esa mano invisible, viajé hacia un punto de la elipse. Hacia el futuro. Tuve incontrovertible conciencia de ello, tanta como de que los Siete Grandes Sabios de Grecia cincelaron los pilares del conocimiento. ¡Cítalos, pruébate! ¡Confirma que sigues siendo!... Quilón de Esparta, Pítaco de Mitilene, Tales de Mileto, Cleóbulo de Lindos, Periandro de Corinto, Solón de Atenas y Bías de Priene. Sí.

En ese momento sentí como si atravesara una membrana invisible, al otro lado de la cual percibí los tres ejes que ya echaba de menos del ámbito del que procedía. Hablo de las coordenadas espaciales... con Pitágoras sabe qué centro. Me sentía en algún lugar, aunque seguía sin tener conciencia de mi cuerpo, solo de mis pensamientos y percepciones. Percepciones, información obtenida hasta ese momento por ciencia infusa, pues carecía de órganos, de carne que sustentara mis sentidos. De algo no tenía duda: no estaba hecha de los «ladrillos» últimos de la materia. De haber sido así, hubiera desplegado mis labios de ámbar en una sonrisa luminosa, como una luna que derrama luz sobre las aguas de un mar inconmensurable. Pero, pensé que a materia dormida espíritu avizor.

Por alguna ley universal, escrita con renglones curvos en alguna galaxia remota, el milagro se produjo y los sentidos empezaron a brotar en mí al evocarlos, como otorgados por alguna deidad misericordiosa. No tenía cuerpo, pero empezaba a vislumbrar, no sé cómo, una tenue bruma azul; empezaba a escuchar un rumor lejanísimo, a percibir un conocido aroma de salitre que me era muy familiar.

¡Platón mío! ¿El mar...?

II

CUANDO LA ESCENA se reveló nítida, observé un enorme número de cormoranes de lustroso plumaje y otras aves menores sobrevolando el estrecho del Bósforo que se halla entre el Ponto Euxino y el mar de Propontis. Al Sur, el Cuerno de Oro, el puerto natural de Constantinopla. Sentí, sin saber por qué ni cómo, que aquel era su lugar favorito para entregarse a la lectura. ¿Era aquello la representación del Olimpo y aquel hombre que esperaba acodado...?

La idea surgió al recordar algo que asimilé en mi vida anterior. Me aferré a ese recuerdo forzándome a desgranarlo: Cuenta la mitología griega que la doncella Ío, amante de Zeus y transfigurada en un buey, pudo atravesar a nado el estrecho que tenía delante, en dirección a Egipto. La damisela huía de las malas artes de la esposa de Zeus, Hera, encaminadas a eliminarla. En su honor, primando el amor entre mortales y dioses, el Hombre le regaló un mar, el Jónico, que bañaría para siempre las costas mediterráneas.

Tuve una certeza. El Imperio Romano de Oriente era la última isla de civilización rodeada de un mar de barbarie. ¿Era aquel el mundo que yo conocí, pero en un futuro cercano?

¿Cuánto tiempo había transcurrido desde entonces? Volví a sentirme marioneta gobernada por los dedos de una deidad magnánima y eso no me gustó nada. ¿Quién o qué me suministraba información? ¿Por qué estaba allí? No estaba dispuesta a ser mera espectadora, así que intenté tomar parte activa en la escena que se me había regalado. Lo que no sabía era el papel que podría representar y si aquello sería un drama satírico, una función cómica o una tragedia.

Había, como digo, un hombre maduro, de facciones duras y pelo cano, frente a un libro y sentado sobre un risco. Descarté su deidad y mi posible transmutación en la bella Ío. Entonces, me sentí mejor. Y consumé una acción que antes había podido realizar gracias a los muchos años que pasé leyendo a los sabios del pasado y estudiando su idiosincrasia. Pero esto iba a ser algo muy diferente. Supe que podía y, sin más, lo hice: sin ningún tipo de preámbulo, con solo desearlo, me metí dentro de su mente.

Asombroso.

De un momento a otro fui dos; sentía y recordaba todo lo que aquella persona tenía dentro de la cabeza. La perspectiva era unidireccional y ligeramente borrosa, como si mi *arrendador* tuviera algún problema de visión. Sentí duplicidad, pero con una preclara frontera que delimitaba dónde acababa yo y dónde empezaba él. Desde su lado percibí un antiguo e indefinido tormento nunca superado. También firmeza y determinación pero biseladas por la dulzura que proporcionan las nieves del tiempo.

La primera vez fue así de sencillo.

En mi nuevo estadio me pareció que lo más lógico era subirme a ese privilegiado mirador y contemplar la realidad desde la perspectiva del trozo de materia más complejo y maravilloso

del cosmos: la mente humana. Supe que podría haber sido roca, árbol o mar, fusionarme con todos ellos, pero su carencia de inteligencia hubiera desprovisto de profundidad, de matices interesantes, de libertad de movimientos y de decisiones a mi nuevo prisma. La experiencia fue indescriptible, quizá solo comparable al momento en el que, en el futuro remoto, el ser humano visite un mundo nuevo. Allí atrincherada, cual espía silente, me preparé para ser testigo de excepción de los cruciales acontecimientos que estaban a punto de suceder. Pospondría la curiosidad que me empujaba a descifrar, a leer con avidez los secretos que encerraba ese hombre en su cabeza. Un sentimiento que confirmaba que, fuera lo que fuere, al menos conservaba una fracción infinitesimal de la esencia femenina que una vez tuve.

Flavio Pedro Sabbacio levantó hastiado la vista del libro. El vetusto volumen de la Historia de Roma de Plinio el Viejo tendría que esperar. Con extremo cuidado marcó la página y cerró el libro. Luego, ignorando al recién llegado, contempló unos segundos el mar resentido cuyas olas azotaban sin tregua los farallones de sílice. Supe que a aquel hombre sentado en la roca se le conocería como el emperador bizantino Justiniano I; una información que cruzó la eternidad y se instaló en mí sin ser solicitada. Como digo, había alguien más allí. El heraldo habló:

III

—MI SEÑOR, el general Belisario le espera en la corte recién llegado de la Península Itálica. Sus ministros y colaboradores se hayan dispuestos para recibirlo. Su mujer me ha ordenado que le comunique que como no acuda presto se quedará sin postre.

La lengua en la que se expresaba era una especie de latín vulgar evolucionado, más o menos inteligible para mí. El soberano miró al mensajero con una mezcla de indolencia y tedio. Este le informó diligente de la composición de la delegación, reducida al que luego supe celebrísimo general...

—...Belisario y su mano derecha, el miliciano Bouzas. También os esperan vuestro secretario personal, Procopio de Cesarea, y Marcelo, jefe de la Guardia Imperial.

—Pues te diré, emisario sin nombre, que me dirigiré a regañadientes hacia el sagrado palacio imperial. Sé que no eres nadie, pero me desahogaré contigo: llevo trece largos años desayunando en ese lugar y en este momento odio a mi tío Justino más que nunca. Él me transfirió el poder con premeditación y alevosía.

Conocí de forma instantánea que Justino lo hizo tras proporcionarle una perfecta formación en teología, diplomacia y ciencias políticas. También supe que discurría el año 540. «Bien, ya estoy ubicada en la historia», pensé sigilosa, como para no alertar al hombre de mi presencia. Cuando el mandatario escuchó mencionar a su esposa, había sentido una especie de emoción ambigua, una incómoda convulsión; un escalofrío mental desconcertante que no supe interpretar, pero que no se había traducido en sus facciones más que como una mueca de hastío.

—¡La Península Itálica ha sido reconquistada a los bárbaros por nuestras tropas, señor! Su rey ha sido capturado en Rávena.

Belisario era de nariz ancha y facciones angulosas; moreno, barbado, alto, musculoso; su cuerpo parecía haber sido desmembrado y vuelto a ensamblar a juzgar por las profundas cicatrices que surcaban sus miembros. La magna sala del palacio de Constantinopla era impresionante. Supe que en Rávena yacían los restos de Teodorico I el Grande, importante líder ostrogodo

nacido en el siglo en el que yo morí. El monarca rebelde estaría encantado de reposar también cerca de su mausoleo, pero el general, baluarte marcial de Justiniano, desde sus costuras de muñeco colosal, escuchaba los planes para repartir sus restos de un modo equitativo por toda la península. Yelmo en mano y apoyado en la cadera, coraza ajada ceñida al cuerpo, intentaba digerir los planes de la emperatriz para con el prisionero. «Así que esa es la mujer...», pensé al verla a través de los ojos miopes de su esposo. El militar no debía de dar crédito a sus oídos y yo, desde mi escondite, tampoco.

—¿No creéis que sería menester trocear al rebelde e ir exponiendo sus restos a la plebe en las diferentes provincias itálicas, para su escarnio...? Después de hablar, estiró una mano y acarició a uno de los enormes mastines de su marido, como si sugiriera una herramienta para consumir lo que planteaba.

—Creo que vuestra esposa ha interpretado mal el concepto romano de fragmentar al enemigo en aras de vencerlo —dijo Belisario, interrumpiendo a la emperatriz. Y lo hizo mirando a Justiniano y hablando como si la aludida no se encontrara allí.

Ella yacía indolente en un enorme triclinio. Nada más verla me llamó la atención su belleza salvaje y su erotismo implícito. Al parecer, tenía fama de humillar a nobles y militares, de hacer el trono un poco más inaccesible. Supe que en el pasado su figura, su carácter huraño y sus hipnotizantes ojos habían hecho mella en muchos como él. Llevaba una diadema espectacular de piedras preciosas que refulgían hasta resultar cegadoras. Perlas de inaudito tamaño orlaban su cuello que, con toda probabilidad, dejaban sin respiración a los incautos que entraban en el campo de acción de su cóncavo reflejo. La púrpura brillante de las sedas que la envolvían le confería el halo de divinidad con el que siempre soñó de joven. Esa información residía en algún remoto pliegue del cerebro de Justiniano y, gracias a una ininteligible geometría de lo posible, yo tenía acceso a ella.

Fue entonces cuando pude ver mejor la gloriosa estampa del emperador.

IV

UN ENORME ESPEJO que cubría una de las paredes me reveló más información de la que había podido registrar previamente: la explosiva apariencia de la emperatriz contrastaba con la sobria indumentaria de Justiniano, de vida mucho más rigurosa y austera que ella. Túnica y capa encarnada, chaleco de brocado azulón, botas altas que alargaban todavía más su elevada figura, pelo cano y desordenado cautivo bajo la corona. Su cetro yacía olvidado en el trono mientras él aguantaba en pie. Las facciones de Justiniano eran duras, pero no tanto como las de su general. El emperador poseía pronunciadas arrugas en la frente y una caída de ojos que mostraba antiguos tormentos y quebrantos. Teodora, junto al emperador macedonio, el famoso militar y el, al parecer, sagaz Juan de Capadocia, ministro económico, formaban en ese momento la téttrada más poderosa del mundo conocido. Respecto a la mujer... no sé, sentí algo extraño...

Justiniano rió a carcajadas y sus penetrantes ojos aguamarina se transformaron en dos hendiduras lacrimosas. El historiador y secretario imperial Procopio, los ministros, y hasta el adusto Marcelo, rompieron su prudente silencio y también rieron. Al silenciario, maestro de sala encargado de mantener el orden en las audiencias, se le desencajaron las facciones sin saber qué hacer. Las de Bouzas se mantuvieron hieráticas, quizá cautivas por las cicatrices que aprisionaban su rostro. Procopio acompañaba en sus guerras a Belisario y hacía las veces de cronista. Rondaba la cuarentena, vestía como un cónsul romano y el tiempo había encanecido sus cabellos. Nada más mirarle supe que

hablaba poco y escuchaba mucho, sedimentando los acontecimientos que su mente desgranaría con posterioridad. Bien, aquel tiempo también tendría que tener sus *Heródotos*. Tras el jolgorio, la mirada imperial recobró su tristeza y profundidad características, clavándose en Belisario:

—Mi amada esposa a veces confunde la aritmética del todo con la de las partes. Divide y vencerás, ¡pero no hasta ese nivel!
—La que supe que había pasado de ser prostituta a emperatriz miró al hombre gastado:

—Querido Belisario, mi marido y vos tenéis razón. Agradecemos vuestras campañas y conquistas en nombre del Imperio, pero admito que no debemos perder el norte moral, olvidando por qué luchamos. Tanto tiempo peleando con los bárbaros no puede crear en nosotros una asimilación mimética con el enemigo.

—¿Agradecemos? Que verbo tan laxo para referirse a unos hechos tan contundentes —contestó irreverente el aludido.

El esfuerzo de Teodora no había servido de nada. Si las miradas mataran en ese momento el general hubiera caído fulminado por los rayos invisibles que salían de los ojos encendidos de la mujer. Conocí al instante que el general ejercía de ariete invencible en el tablero de juego dispuesto por el rey. Se trataba de un inteligente estratega que incluso, en ocasiones, ganaba batallas sin necesidad de combatir. Esa certeza me hizo mirarle con una mezcla de curiosidad y admiración. La emperatriz quizá pensó que, de momento, no era prescindible..., pero yo no estaba segura. En ese instante me di cuenta de que mi poder no era omnisciente, pues solo tenía un acceso difuso a lo que se urdía en las demás mentes de los presentes.

Por ello, intenté algo cuyo resultado me frustró y angustió sobremanera: intenté salir de la cabeza del emperador e introducirme en la de su esposa, la inquietante Teodora.

No. Imposible.

La experiencia fue terrible. Por increíble que pueda parecer... ¡sentí dolor!

Estaba cautiva en las mazmorras de la mente de ese hombre. Aplicar mi *sôphrosynê*, el autodomínio fruto de una disciplina forjada durante años, me ayudó... pero no demasiado. Menos que en el momento en que sabía que sería despedazada por aquella multitud enloquecida. ¡Maestro, ayúdame, por favor! Poco a poco, muy despacio, fui dominando la claustrofóbica sensación y esa terrible angustia. Pensé que quizás solo un filósofo o un poeta serían capaces de no enloquecer ante este reto sobrenatural del destino. Para no perder la cordura, me proyecté hacia el exterior, relegando la introspección para más adelante. Muchas eran las preguntas, apenas ninguna las respuestas. Estaba, no obstante, a punto de descubrir una capacidad fundamental de la neoHypatia en la que me había convertido.

V

EL GENERAL BELISARIO, el miliciano Bouzas y el capadocio administrador fiduciario, Juan, a los que también odiaba la emperatriz, vivirían su «momento Teodora». Y lo harían en algún punto concreto del mañana. Los caprichos arbitrarios de la emperatriz harían sufrir en el futuro a tantos hombres como a ella le hicieron sufrir otros tantos en el pasado. Aquellos ojos negros clamaban venganza, pero una irracional, injusta, indiscriminada, debido al odio engastado en su negro corazón. Al asimilar esta información recordé la enorme elipsoide que me recibió en mi nuevo estadio, como representante del espacio/tiempo universales; supe que en algunos casos, en determinadas circunstancias muy concretas, podría conocer acontecimientos futuros relacionados con las personas con las

que interactuaba. En ese momento, y por paradójico que suene, interpreté aquello como una «limitación» de la insignificante mente humana. Descubrir de forma paulatina mi potencial, mis capacidades, mis limitaciones en mi nuevo estatus formaba parte de las medidas que me administré para no perder el juicio del todo.

El ojeroso y lenguaraz general bizantino, luchando por ser inmune a las invectivas de sus superiores, continuó evocando sus batallas contra los vándalos en el norte de África. También contó, con soporífero detalle, cómo consagraron sus tropas la victoria en la basílica de Santa Sofía, ofreciendo el triunfo al Altísimo:

—Los arquitectos Antemio de Tralles e Isidoro de Mileto estarán más orgullosos que nunca al comprobar que su obra ha acogido a los guerreros que derramaron su sangre...

La indiferencia del soberano y los bostezos de Teodora, en su triple y aterciopelado diván, no debieron de ser ajenos al famoso jefe militar. Harto de que le ningunearan remató diciendo:

—Visto el interés que suscitan mis gestas, me voy un par de años a combatir contra los persas.

VI

HACÍA MÁS de un lustro que Justiniano había promulgado el código que llevaba su nombre, decisivo para la evolución jurídica europea. La labor de recopilación y perfeccionamiento de los textos romanos, liderada por un tal Triboniano, le había llevado mucho tiempo. Recoger y ordenar toda la tradición jurídica romana era tan lógico como necesario; perder esa experiencia atesorada durante siglos hubiera constituido un gran error. Sin embargo, ahora, a sus cincuenta y ocho años, solo pensar en su otra gran empresa, la resurrección del antiguo Imperio Romano,

le generaba mucha pereza. El llamado emperador «insomne», por la capacidad de trabajo de la que hacía gala y la versatilidad de este, empezaba a estar cansado de esa meta. A mí, camuflada, cautiva en el rincón más profundo y misterioso de su cerebro, no me cabía ninguna duda al respecto.

La desmotivación había sido lenta pero inexorable; la vehemencia de la juventud se había ido apaciguando con los años y los reveses de las contiendas.

—Solo pensar que tengo que arrebatarle la Península Ibérica a los visigodos, reconquistar el resto de la Península Itálica y todas las islas del Mediterráneo me produce un insoportable dolor de cabeza —comentó una mañana a la emperatriz.

Yo acusaba ese dolor, enrolada como polizón en el mismo barco que él capitaneaba. Una vida entre los textos legislativos y las luchas contra los pueblos germánicos le había dejado pocas ganas de nada, más que las de sumergirse con delectación en sus queridos clásicos. Aquello lo agradecí sobremanera pues así, de forma simultánea, también yo realizaría una inmersión en ellos. Efectuaría un repaso de los maestros que me enseñaron todo, que forjaron el espíritu del cual estaba configurada. Y eso, leer mientras sus generales derramaban la sangre de bárbaros y persas fue lo que hizo. Bueno, lo que hicimos. Tras sus quejas, el hombre tomó un vetusto volumen y salió al exterior. Unas horas después...:

—¿Qué lees, querido? —preguntó Teodora a su esposo, que reposaba en uno de los jardines palaciegos. Justiniano tenía la cabeza metida en un libro antiguo. La que había tenido una vida desordenada en el mundo del teatro antes de casarse manejaba con solvencia sibilina a su marido, que se dejaba hacer con mansedumbre puesto que, extinguido el fuego amoroso de juventud, la comodidad descartaba toda suerte de escisión entre ambos. Aquella mujer no parecía trigo limpio y su actitud hubiera hecho

que me hirviera la sangre, caso de haber tenido tal fluido en mi nuevo formato de existencia.

—Plinio. Plinio el Viejo —musitó el emperador sin despegar sus ojos de las páginas. Entonces sentí algo desagradable, como un agrio resuello. Ella, insatisfecha con la lacónica respuesta, se había agachado por detrás del esposo y leía en voz alta un fragmento del voluminoso tomo:

—«La magia convierte en fécondos terrenos fríos y húmedos». ¿Agricultura? ¿Ahora te interesas por la agricultura? ¿No te parece una tardía afición? —Las palabras del historiador romano habían atraído la atención del dirigente. Esa misma mañana habíamos observado con detenimiento los motivos troquelados en su antigua colección numismática.

—Me ha sorprendido que en un amplio porcentaje de nuestras monedas estuvieran impresas espigas y vides. Al verlo, he recordado que recientes excavaciones arqueológicas revelaban también el desmesurado interés de nuestros ancestros por el arte de la extracción de frutos de la tierra. —Pero Teodora no disimuló su absoluto desinterés por lo que le estaba contando su esposo.

Entonces Justiniano desvió su mirada de las páginas y habló a la que supe que había sido no solo su pareja sentimental, sino también su aliada estratégica e inteligente consejera desde el año 23:

—Cariño, ¿por qué no coges unas monedas de la gaveta persa de nuestros aposentos y te vas a comprar un reino o algo que te apetezca? Ya sabes que, en los últimos tiempos, el *solidus* cotiza al alza dentro y fuera de Nueva Roma.

Ella, lejos de molestarse, sonrió ante la antigua denominación de la ciudad que fundara Constantino, y se retiró con aparente decoro... pero, sospechaba una invisible maquinación.

—Ya he decidido qué adquiriré en el mercado de la ciudad. —dijo al marchar.

Por mi parte, me sentí satisfecha por la suave contundencia de Justiniano, su mano de hierro con guante de seda; al menos en esa ocasión. Algo indefinible me hacía sentir una gran animadversión hacia aquella mujer, como si pudiera erigirse en un serio obstáculo para mis *fines*. Que, por cierto, desconocía por completo.

Abrumada y casi diluida en mi nueva realidad apenas había tenido tiempo de ponderarla como era debido. ¿O era miedo lo que me arrastraba a postergar mi análisis? ¿Qué estaba sucediendo? Tenía la terrible sensación de que mi actual conciencia no estaba preparada para asimilar con brusquedad aquel *milagro*. *Milagro* que, como la científica que fui, me negaba a catalogar como tal. Todo lo que me estaba sucediendo tendría una explicación racional y algún día la conocería.

Para empezar estaba a punto de probar algo nuevo, adentrarme en un terreno inexplorado, vislumbrar esa realidad desde otro prisma...

VII

FUI CONSCIENTE de que los soberanos de ese pueblo escindido de Roma creían hallarse entre Dios y el pueblo... por lo que no solían descender y mezclarse con los mortales, salvo cuando acudían al Hipódromo. Del pulso de la ciudad eran informados por una amplia red de espías. Sus vidas fluían entre el palacio y la basílica; ni siquiera solían asistir a las fiestas de los nobles, pero la emperatriz ese día iba a hacer una excepción.

¿Y cómo lo supe? Porque ese día me atreví a liberarme del yugo que me unía a su marido. Fue en el momento en que Justiniano le sugirió marchar. No podía permanecer allí, atornillada, hasta que aquel emperador envejeciera y muriera. Si había venido a hacer algo a ese extraño mundo, no tendría libertad de acción desde una sola perspectiva. Intenté de nuevo meterme en

la mente de Teodora, a la que ya consideraba mi enemiga. Volví a fracasar, esta vez con más dolor si cabe; noté como si chocara contra un muro invisible. Todavía no lo había intentado con otros criados y personajes palatinos aunque temía idéntico resultado. Entonces fue cuando lo pensé: ¿Por qué debía hacer cabalgar mi espíritu sobre un alma humana? Quizás podría flotar sobre el éter y aun así seguir teniendo conciencia, como cuando aparecí de la nada en el espectacular Cuerno de Oro de Constantinopla.

El salto parecía muy arriesgado, pero lo di.

Me sentí emerger del cuerpo de Justiniano y pude contemplarle allí tumbado, inmerso en su lectura. El esfuerzo fue considerable y tuve un sentimiento de vulnerabilidad, de cansancio, como de falta de energía para evolucionar. Era como si arropada dentro del emperador este me hubiera suministrado todo lo que necesitaba, como una madre a su bebé nonato. Después, más o menos repuesta, enfoqué mi visión hacia Teodora que ya salía del palacio, una especie de visión estereoscópica parecida a la obtenida a través de una lente convexa..., y decidí seguirla.

Teodora recorrió la avenida principal, la Mesé, con la cabeza cubierta con un tul lazulita para no ser reconocida. De nuevo sentí que *alguien* me suministraba la información que precisaba para entender aquel contexto nuevo para mí. Liberada de la mente de Justiniano, ¿quién, o qué, era mi ángel de la guarda?

Supe que la amplia avenida nacía en las murallas para morir en la Plaza de Augusto, donde se erguía Santa Sofía; el emblemático templo erigido más de un siglo después de mi muerte. Allí, en sus aceras protegidas por pórticos, rivalizaban los mejores productos. Comprobé que Constantinopla era el *desiderátum* de los comerciantes; mercados en cada barrio, vendedores ambulantes en cada calle. Con su virtuosismo retórico eran capaces de endilgar un trozo de la Luna o las *auténticas* Tablas de Moisés.

De menos alcance que los solidus, los milliaresion de oro y los nomismas de plata fluían en todas direcciones sin orden ni control. Telas persas con bordados o damasquinadas de realce en oro y plata, piedras preciosas, antigüedades minoicas, púrpura y marfil, pieles exóticas y lino egipcio, azafrán de la Meca, delicadas alfombras de Ardabil, miel de Creta y delicias orientales, pero también mugrientas gallinas, metales manufacturados o en bruto, cacharrería africana, alfarería popular, malolientes pescados del mar de Propontis, baratijas de mimbre local y un sinnúmero de enseres inauditos, que convivían en los puestos en singular simbiosis. Los perfumes fenicios se mezclaban con los bálsamos hediondos de las fieras encerradas en jaulas; los improperios descarnados de trifulcas entre vendedores, con la refinada poesía de los que versificaban acerca de cualquier cosa por medio solidus o cuarto y mitad de sonrisa sincera. Constantinopla explotaría en mil pedazos con una algarada más. En la Nueva Roma de Constantino miles de ciudadanos se hacinaban en cuchitriles infectos mientras los patricios contemplaban impresionantes atardeceres desde sus villas a orillas del Bósforo.

Aquella ciudad rivalizaba con la Alejandría de mis amores en heterodoxia, agitación e infamia, sin duda. Alguno de mis maestros dijo: «El día del Juicio pesará más la pluma del sabio que la espada del guerrero». Pues, desde mi prisma, a esta verdad debía añadir que, tras el Juicio Final, es muy probable que pese más la curiosidad que la prudencia. Decidí realizar otro experimento, tras el malogrado de intentar introducirme en la emperatriz.

Pero esto sí funcionó.

No podía entrar en la cabeza de aquella mujer pero, como comprobé de forma empírica, sí acercarme mucho y sentir el rumor de las inquietantes ondas de sus pensamientos. Y al hacerlo, sucedió algo que me resultó muy extraño.

VIII

TEODORA PARECÍA otra persona mucho más accesible, mucho más humana. Era como si el espíritu maligno que le poseía le hubiese abandonado. Allí, ingrávida y en movimiento, a media cuarta de su cabello azabache, escuché a la emperatriz recordar cuando dormía en sus tiempos de cortesana en un apolillado catre, en un chamizo repugnante junto a su madre recién enviudada y sus hermanas, cuya *vocación obligatoria* también sería la prostitución. Y sentí piedad por la que, quizás de forma irracional, había considerado mi enemiga. Vimos a lo lejos el Hipódromo, copia devaluada, sucedáneo decadente del gran Circo romano. Allí rugían hasta veinte mil espectadores en los diferentes espectáculos de gladiadores, carreras equinas, peleas de hombres con hombres, hombres con fieras y fieras contra fieras en un *pandemonium* de todos contra todos y sálvese quien pueda. Las carreras de cuadrigas atraían al grueso del público. Sus aurigas eran venerados hasta la demencia, como vencedores, o relegados a las mazmorras del desprecio social más absoluto, como vencidos.

Había sido en el Hipódromo donde la madre de Teodora, en heroica gesta, había marcado el punto de inflexión de su vida, al reclamar un trabajo digno tras haber enviudado. Sus gritos desesperados ante la muchedumbre frenética no implicaron una instantánea mejora en sus condiciones, pero sí movilizaron algunas conciencias y despertaron la libido de ciertos nobles hacia sus todavía impúberes hijas.

El papel que desempeñó Juan de Capadocia en aquella crisis personal lo condenaría décadas después al destierro, gracias a la alargada mano, o zarpa felina, de la emperatriz. De ramera adolescente y baratísima a prostituta de lujo, con su propio burdel, en una década. Esa era la historia de Teodora. En esos tiempos aprendió las artes de la contorsión mientras sometía a los

hombres del único modo que sabía. Su resistencia física era olímpica. Su creatividad en la cama rivalizaba con los episodios más inverosímiles de Homero. Su impudicia dejaba pequeñas todas las hazañas de los habitantes de la arcaica Babilonia.

Pero llegó la hora de su redención, de su catarsis, y en ello tuvo mucho que ver Severo, antiguo patriarca de Antioquía, a quien Teodora confesó sus incalculables pecados. Severo había estudiado en la Escuela Neoplatónica de Alejandría... en la misma escuela en la que...

IX

...YO FUI DOCENTE. Después le acogió cuando fue expulsada de la capital de Pentápolis por un amante despechado, Hecébolo, gobernador de la ciudad. Severo, haciéndose honor etimológico, la reprendió con dureza a la vez que reconducía su paganismo.

Aquella historia me resultaba demasiado familiar, y me hizo sentir cierta culpabilidad ante mi inicial beligerancia. Esa mujer, procedente de otro lugar, de otro tiempo, había tenido una vida con algunos puntos coincidentes con la mía. «Es peor cometer una injusticia que padecerla porque quien la comete se convierte en injusto y quien la padece no». Evocar a Sócrates y al resto de mis maestros era una de las obligaciones que me había impuesto. Gracias a ello trazaba lazos a través de los siglos que me vinculaban con lo que una vez fui.

Captando las ondas nebulosas que su imperial cabeza irradiaba conocí algo sorprendente: ¡Severo le habló de mí! De la «legendaria» Hypatia, la antigua sabia alejandrina, y de cómo siendo también pagana había mantenido mi cuerpo virtuoso durante toda la vida. ¡Teodora de Bizancio tenía conciencia de

mi existencia ciento veinticinco años después de mi muerte! El religioso consiguió inyectar en ella patrones monofisistas que abogaban por la divinidad de Cristo. No le fue difícil; la facción de los Verdes de la capital imperial provenía como ella de los barrios populares y siempre defendió esa interpretación de las Sagradas Escrituras. Ella era muy consciente de su origen pese a la profecía de su amiga Antonina, ahora infiel esposa de Belisario.

—...Te casarás con un hombre poderoso y bueno —escuché de los propios labios de su amiga, acuñado en su memoria.

El augurio atravesaría el umbral de la realidad; ella se había reído ante sus palabras porque la ley prohibía de forma expresa los matrimonios de aristócratas con gente del pueblo: prostitutas, artistas, marinos, soldados. En los Azules militaban nobles y personajes de las capas más favorecidas, vestían sedas orientales, hablaban griego y tenían concepciones religiosas mucho más ortodoxas. Ella, tras el lamento de su madre en el Hipódromo, se convirtió a los Azules, pero sin olvidar nunca las enseñanzas de Severo. El jefe de la facción, sensibilizado por los gritos de la viuda, no pudo por menos que *consolar* a las pequeñas y, al parecer, transmitir el estigma añil... vía genital.

Por aquel entonces, el emperador Justino perseguía el monofisismo, etiquetado como herético. Y lo hacía alentado por su sobrino, Justiniano. Teodora había rechazado a un comerciante de telas, a un militar y a un funcionario que le habían pedido una unión con membrete y sello. Que pensamientos tan dispares confluyeran en el mismo punto solo era cuestión de tiempo y de que los griegos Fortuna y Eros jugaran con los dos tortolitos.

La emperatriz, sumergida en todos esos recuerdos, alcanzó el puesto que buscaba. El cadavérico comerciante la miró sin reconocerla ofreciéndole sus floridos productos.

En esa nueva ubicación descubrí algo muy importante: un enorme porcentaje de la gente deambula por la vida casi de forma automática, sin saber muy bien qué hace en el mundo, cuál es su misión. Sin embargo, existen algunos afortunados que tienen perfectamente claro su cometido, su porqué en el universo. Un cometido que no tiene que ser glorioso o definitivo para tener dignidad: el objetivo puede ser adecentar una esquinita del cosmos pero si se hace bien, con ilusión, proporcionará la felicidad. Muy pronto iba a obtener una nueva revelación: iba a conocer el sentido de mis vidas. Sí, en plural, pues una raya metafísica dividía mi anterior existencia material y esta neoconsciencia de la que misteriosamente gozaba.

X

EN PALACIO, de nuevo, salí de la órbita de la emperatriz y volví a Justiniano magnetizada por su fuerza, y el papel que intuía tendría en la historia. Él, ajeno a la intrusa que medraba en su intelecto, se atusó la túnica y ordenó a un funcionario de confianza...:

—¡Que nadie, bajo ningún concepto, me moleste!...

«Salvo que el espectro del mismísimo Platón venga a quejarse porque cerré su Escuela de Atenas en el 529», añadió para sus adentros.

«Error, querido, Craso error», pensé. Marco Licinio Craso, político romano del primer triunvirato, echó su carrera por la borda, y su vida, cuando invadió Mesopotamia y saqueó Jerusalén, fruto de su ignorancia y ambición. Pero claro, para aprender de la historia antes hay que conocerla. ¿Cuántos siglos tendrían todavía que transcurrir para que la humanidad interiorizara y fusionara

los conceptos de Dios y conocimiento,... para mí las dos caras de la misma moneda? En fin, suspiré de forma figurada y volví a enfocar mi atención en aquel político relevante en cuya cabeza moraba por una razón desconocida... de momento.

En los treinta y un volúmenes de la Historia de Roma del «Viejo» se hablaba de las técnicas agrícolas de los remotos tiempos de Octavio Augusto. El soberano decidió investigar un poco más. Atravesó un sinnúmero de habitaciones, capillas y salones del palacio y se dirigió a su biblioteca privada todavía intrigado por las monedas tartesias y fenicias. Allí mismo se refugió en Hesíodo. En «Los trabajos y los días» el autor narraba sus peripecias como campesino. A Justiniano le impactó que el poeta griego celebrara... «la agricultura como verdadero secreto de la felicidad».

El estadista se acercó a los aspectos técnicos a través de Teofrasto, Jenofonte o Marcial. Las lecturas le dieron que pensar, pues los romanos tan solo habían practicado una agricultura de subsistencia.

¿Por qué ese desmedido interés por la agricultura? ¿Qué papel desempeñaba esta humilde filósofa en toda esta historia? Siempre fui una mujer activa, jamás delegué, y quizás por eso daba por hecho que mi papel no sería de mera espectadora. No. No había vuelto del Más Allá, atravesado el infranqueable muro y vencido la irreversibilidad de la muerte para arrellanarme en mi asiento, viendo pasar el mundo a través de los ojos de otros. No. Algo tenía que hacer, aunque todavía no sabía qué, cómo ni por qué. Pero estaba a punto...

XI

MI ARRENDADOR material, el de carne y hueso, seguía investigando.

Algunos autores mentaron el arte de domesticación de las abejas para la obtención de su dulce savia. Justiniano se centró más en las técnicas para optimizar la extracción de frutos de la tierra. Fueron los libros de Celso e Higinio salvados de forma milagrosa de la quema de la Biblioteca de Alejandría, y este matiz me sobrecogió, los que mejor le ilustraron al respecto.

«¿Cómo que de forma milagrosa?»

¡Oh!

¡En ese momento toqué las pesadas puertas del Cielo con los dedos! Casi me pareció ver sus jambas de oro labradas con las leyes de la vida. Sonreí a sus centinelas de granito y vislumbré los infinitos haces de luz añil que se derramaban hacia el universo por las rendijas de sus goznes.

¡Gracias, gracias, gracias, Filamón!

Una felicidad cósmica me envolvió como una bruma azul exhalada por los labios de un dios, como el eco de la explosión de una pléyade de estrellas en la noche celestial.

¡Salvaste la Biblioteca! Y, con ella ¿salvaste a la humanidad de la barbarie? No lo sabía, pero estaba muy dispuesta a averiguarlo. Las palabras cifradas que susurré en su oído, a punto de morir, no fueron vanas, sino que a través de una cadena de acontecimientos salvaron los pergaminos. Y ahora cabía preguntarse: Salvaguardar el mayor Templo del Saber que jamás existió, ¿implicaba la Catarsis Humana? Salvé, salvamos, la Biblioteca porque era mi obligación como directora, como amante del conocimiento...

Pero en aquel momento, ya repuesta de la explosión de felicidad, no tenía clara la relación causa-efecto que esto produciría en el futuro de la humanidad.

Algo tenía que hacer..., ¡y vaya si lo haría!

XII

SUPO Justiniano todo lo que las anteriores civilizaciones descubrieron acerca de los tipos de cultivo, del barbecho y de los drenajes, de las canalizaciones hídricas y de los instrumentos y animales de labranza. Los duplicados de los libros 18 y 19 de la «Geografía» de Estrabón fueron para él determinantes para configurar el mapa completo de la agricultura en la Antigüedad.

Percibí lo que le hicieron pensar sus lecturas y extraer múltiples derivaciones. Creyó haber acertado al regalar, o vender a bajo precio, semillas a los agricultores para fomentar su actividad. Por el contrario, quizá el sistema de monocultivos como aceite de oliva en Grecia o trigo en Tracia no eran lo más conveniente; el grano comprado a Bitinia y a Frigia estaba, sin duda, por las nubes. Quizá el sistema impositivo para los agricultores no era el más adecuado. Quizá él y sus antecesores jamás calibraron el enorme potencial de la agricultura. Por mi parte sentí que ese gesto de humildad, admitir que podía haberse equivocado, le honraba.

El emperador «insomne» tenía demasiadas cosas en mente que eclipsaban su nueva afición que consideraba un mero divertimento. Otro craso error, como el de cerrar la Escuela de Atenas... pero con una enorme diferencia: este todavía se podía rectificar. Su obsesión por controlar hasta la más nimia decisión imperial, un cesarismo que le hacía dictar instrucciones hasta para el clero, no era un horizonte muy esperanzador para nuevos asuntos candidatos a ocupar su cabeza. El patriarca de Constantinopla, no por casualidad, pontificaba en la misma dirección. Le vi en su mente, en su recuerdo nítido, proclamando:

—Nada debe suceder en la Iglesia en contra de la voluntad del emperador.

Si no hubiera sido por el pequeño almendro que le regaló su esposa Teodora, el que había adquirido en el mercado, tras unas

semanas de voraz lectura hubiera olvidado su nueva afición. Un día trasplantó el árbol a uno de los jardines del palacio y declaró para sí, teniéndome a mí como única testigo:

*Engalana mi esquinita
almendro de mil amores
luz palaciega y olores
de un corazón que palpita
jaspeado de albas flores
hazme regios los honores
sin tu concurso marchita.*

Justiniano lo mimaría durante años. Sin embargo, jamás consiguió que alumbrara sus deliciosos frutos, aunque sí que floreciera engalanando aquella esquinita palaciega, como rezaban sus versos.

El panorama político, social y religioso del siglo VI merecía cierta atención por parte de Justiniano. El monarca sostenía que gobernar un Imperio era como educar a un niño, y que el delicado equilibrio a la hora de recibir arrumacos y azotes determinaría su futuro. Por aquellos años trataba de conciliar la ortodoxia cristiana con la herejía monofisista, y ese *niño* indómito recibiría más flagelos que caricias por su bien.

Yo, por mi parte, emboscada dentro de su imperial cabeza, observaba cómo evolucionaban los acontecimientos calibrando la posibilidad de influir de algún modo en ellos. Estaba a punto de dar con la piedra filosofal.

XIII

TRANSCURRÍA EL MES de noviembre y un inusual frío polar asolaba la capital. El frío era una de las pocas cosas que alteraban a la esposa de Justiniano, además del general Belisario, por los celos que le suscitaba su aplastante fama, sobre todo desde la toma de Cartago.

La emperatriz Teodora tenía mucho que decir al respecto de las reformas religiosas que pretendía efectuar su marido, pero lo resumió, siempre locuaz, en pocas frases:

—Tengo tan nítida la naturaleza divina de Cristo como la humana y falible de los que condenaron la idea en el Concilio de Calcedonia. Lo juro por la carcomida momia de Cirilo de Alejandría, que ya tenía el cerebro disecado mucho antes de morir.

Eso sí que era cierto. Al final aquella mujer y yo íbamos a convertirnos en buenas amigas. Que hablara así del responsable de mi muerte física me reconfortó, la verdad, aunque no terminaba de fiarme de alguien para quien los fines justificaban los medios.

—¿No piensas hacer nada para que la Iglesia convoque un nuevo Concilio? Como su propio nombre indica, este debería ser unificador, no disgregador.

Los gruesos y pesados brocados de la colcha imperial no atemperaban el frío en el lecho de la habitación del amor palaciega, a pesar de los intentos de Teodora de calentar la conversación. En ese momento la emperatriz dio un manotazo a uno de los perros de Justiniano, que osó encaramarse a la cama. Consciente de lo inmune que era a los cambios físicos de mi entorno, escuché la conversación con atención:

—Mis influencias en el clero son limitadas, querida. Constantinopla se ha convertido en un crisol de civilizaciones, punto de encuentro entre Oriente y Occidente. Sus mercados recogen visitantes de todas las partes del mundo. Controlar los

brotos heréticos en una población mestiza, que vive bajo decenas de influencias religiosas, es una tarea ímproba, por no decir imposible. ¿Por qué no habré seguido los pasos del Gran Constantino tolerando el paganismo?

«Sí, no estaría mal, así no volverías a tropezar dos veces en la misma piedra, bobo».

—¿O seguir los pasos de la Gran Teodora...? —El marido de la autoproclamada como un Titán en los agitados océanos de la Historia, le miró de soslayo y continuó hablando:

—...Y subrayo que es trabajo de titanes tanto para mí, como emperador, como para el papa Virgilio, en los últimos tiempos más pendiente del vil metal que de sus potenciales fieles.

«¡¡¡Titán-titanes!!!» Era la primera vez que traspasaba la raya, ¿o había sido una mera casualidad? ¿Había *escuchado* Justiniano de algún modo mi concepto y lo había trasladado a su discurso? Hasta ese momento el flujo de información había ido en una sola dirección... «Paciencia, Hypatia, paciencia».

—Virgilio nos debe, como mínimo, su ascensión al papado así como la recuperación de la sede apostólica por nuestro querido y odiado Belisario.

Teodora, según supe con la velocidad del pensamiento, se había ocupado de *jubilar* a sus dos antecesores, Agapito y Silverio, por no apoyarla en su singular campaña monofisista. Aquella mujer no se andaba con tonterías: siguiendo un principio geométrico euclidiano, trazaba una línea recta entre ella y sus objetivos para después recorrerla sin titubear. Cayera quien cayese, pensé dentro del ser pensante que era su esposo. Sin embargo, con el actual pontífice, antiguo y sumiso diácono, Teodora había comprobado que, tras quitarse la piel de cordero al llegar a Roma, pinchaba en hueso. La mujer se alzó apoyando el codo izquierdo en la cama y miró a su esposo, desafiante. Justiniano habló sosegado:

—Dime algo que no sepa, Teodora. La teoría se aleja de la práctica en esta ocasión, como casi siempre. Aquella deuda caducó en el momento en el que el Papa se comprometió a estudiar la posibilidad de aunar monofisismo y ortodoxia.

Pero el dirigente esgrimía sus argumentos con la boca pequeña. Sabía que a su esposa le asistía cierta razón y necesitaba de su impulso para tomar decisiones, acertadas o no, pero siempre tomadas con arrojo y seguridad.

—¿Qué? Pero si su labor no ha sido más que una sucesión interminable de despropósitos. Bajo nuestros pies, en los calabozos de palacio, envejecen cientos de hombres y mujeres tachados de herejes. Y las mazmorras que cercenan nuestra libertad de pensamiento aprisionan con mucha más fuerza que las de los laberintos y grilletes de los sótanos y cámaras de tortura de este edificio. Flavio...

Ella no solía llamarle por su nombre salvo cuando quería activar algún resorte de su cerebro. Ese que implicaba sumisión y acatamiento, sin pestañear. Quizás un día, al doblar un recodo me toparía yo con dicho resorte.

—...Flavio, ejerce con valentía de emperador, define y flexibiliza la concepción herética, presiona a Virgilio como se merece y regálame un potro árabe.

La directriz en la cabeza del monarca se activó al instante. ¡Plotino de mis anhelos! ¡Aquella mujer tenía una influencia sobre el emperador mucho mayor que yo!

He de reconocer que aquello fue determinante para que yo reaccionara.

XIV

QUIZÁS FUE un reflejo muy humano y acaso infantil, aunque sabía que a ella le asistía toda la razón. Sí, aquello me soliviantó.

Miré a mi adversaria a través de los nebulosos ojos de Justiniano: los cabellos desordenados de Teodora caían sobre su rostro embravecido. Supe que desde que alcanzó los treinta sus facciones se habían endurecido, su corazón se había blindado y sus palabras, convertido en dardos certeros. Eso es lo que pensó el inteligente estratega, capaz de analizar con solvencia la situación... y al mismo tiempo caer en su compleja maraña, con torpeza.

—Lo que tú digas, querida. Cuando te pones así no puedo hacer otra cosa. Tus palabras, para mí, van a misa —remató irónico, pero vencido. Al parecer él tenía con ella una deuda moral que, por mucho que le ofreciera, jamás saldaría.

Teodora sonrió por dentro y por fuera. La emperatriz ya no tenía frío. La explicación de lo ocurrido tenía poco de extraordinario. En una ocasión, ella le había salvado la vida.

El *imperator* le debía mucho a la mujer que le había apoyado de forma incondicional en la grave crisis de la Nika, en el 32. Más de medio millón de almas poblaban Constantinopla y los desequilibrios sociales eran patentes en una población mestiza y heterodoxa. Una parte del pueblo protestaba por la elevada carga fiscal a la que se le sometía y, también, por la indefinición religiosa de sus mandatarios. Un dicho popular rezaba: «Santa Sofía pertenece al Altísimo, el palacio al emperador, pero el Hipódromo es del pueblo». Allí era donde había comenzado el levantamiento. Nika significa «victoria» así que Justiniano arrebató la palabra a los insurgentes y la hizo propia. En un momento delicado, tras una semana de graves reyertas, el emperador estuvo a punto de huir. Teodora, con la frialdad que le caracterizaba, le había dicho mirándose una uña rota:

—Si quieres salvarte de forma temporal nadie puede impedirte, pero reflexiona primero si, una vez seguro, no preferirás estar muerto. —Su marido, tras esas palabras, se lo pensó dos veces. Ambos evocaban a menudo dichos recuerdos y esto,

desde mi perspectiva de «curiosa inmaterial», era entre divertido y enriquecedor. Asimilar ambos prismas tan distintos, tan complementarios. Ellos siempre recordaban matices nuevos a cada rememoración de lo sucedido, por lo que poco a poco yo iba reconstruyendo la historia eso sí, poniendo en cuarentena las exageraciones y las idealizaciones. Por lo tanto, sería más correcto hablar de los recuerdos distorsionados que ellos conservaban de lo que allí había sucedido. Nunca vi más preciso aplicar el concepto de subjetividad que en aquella ocasión.

Al parecer, sus tropas habían sofocado la revuelta popular, provocando un mar de sangre entre los insurrectos. Su imagen como dirigente se vio reforzada aunque, tras lo sucedido, Justiniano jamás lograría volver a dormir de un tirón una noche completa; de aquel extremo puedo dar fe como testigo de excepción y como damnificada. Le atormentaba un hecho concreto: en dos de los ahorcamientos la cuerda se rompió. Aquello, según la tradición popular, venía a significar que aquellos hombres eran inocentes ante Dios.

Puedo asegurar que vivir desde dentro un hecho traumático ajeno que se repite cíclico y recalcitrante es quizás una de las peores torturas imaginables. En aquellas noches en blanco solía salir de él y pulular por el palacio o por los campos limítrofes, aunque notaba que aquellas digresiones me restaban energía. Mi destino estaba ligado a los seres humanos, me gustara o no. En esos momentos, algún criado despistado de pensamientos lineales me servía de fonda para restañar las heridas de mi alma y descansarla sobre algún pliegue de su ser. Sí, ya había aprendido la nueva lección, la nueva regla que regía mi microcosmos, en la que en absoluto me sentía dios; en todo caso figurante de uno de sus sueños.

XV

VOLVIENDO a lo que sentía el emperador respecto aquella enorme crisis, sus ojos no habían parpadeado ante la muerte de los culpables: el vocablo «piedad» carecía de todo significado para él. Los militares tenían órdenes directas de decapitar a cualquier hombre, mujer o niño que osara rebelarse contra el Imperio, y rodaron muchas cabezas. Aquello me dio también mucho que pensar: ¿Hasta qué punto es ético matar a mil para salvar a medio millón? Rebusqué argumentos morales de fondo, pero no vi nada, como si aquel político hubiera borrado hasta su último vestigio. Pero en algún olvidado y polvoriento anaquel se encontrarían, pues por las noches crecían díscolos y, como niños revoltosos, no le permitían pegar ojo.

Durante la crisis, el antiguo templo había sido destruido y el «Insomne» decidió sobre sus ruinas erigir uno nuevo, majestuoso, que representara el poder del Imperio. Las obras de la Basílica de Santa Sofía habían concluido tan solo hacía tres años. «Su cúpula no parecía anclada a la tierra, sino suspendida del cielo por cadenas de oro». Cada vez que Justiniano pasaba por delante del imponente edificio se le iluminaba el rostro y, por su puesto el alma, donde yo últimamente moraba. Por otro lado, en política interior Justiniano deseaba mejorar la administración territorial y decidió someter al control de los obispos la gestión de los gobernadores, que abusaban del poder militar y civil en las provincias fronterizas. Con esta medida consiguió fragmentar las grandes regiones y atemperar así el casi megalómano poder de sus administradores. Asimismo, el pretorio Juan de Capadocia había intentado, sin éxito, reformas administrativas para también restar poder a la aristocracia latifundista. Justiniano cobró impuestos a través de los pequeños propietarios e intentó defenderles de sus grandes terratenientes.

Esto último quedaría grabado en su subconsciente y marcaría sus posteriores acciones. Poseer un asiento de platea en el teatro de su memoria me convertía en testigo de excepción.

Al margen de los asuntos religiosos y los de clave interna, los relacionados con el exterior tampoco le dejaban frío. Lo dije al comienzo de esta narración: Habían transcurrido unos meses desde que Teodora presionara a su marido para que, a su vez, presionara al papa Virgilio cuando se conoció la noticia:

—El rey persa Corroes I amenaza Antioquía, mi señor.

Los militares sudaban más delante del emperador que durante las batallas. En otros tiempos, aquella empresa hubiera sido más temeraria que la estrictamente bélica. Ahora Justiniano se valía tan solo de su florido verbo para reprender a su brazo armado. Pero no siempre había sido así.

—¡No doy crédito a las palabras que llenan mis oídos! Hemos trasladado un ingente número de batallones a esa provincia, desprotegiendo el flanco oriental del ataque eslavo. He de deciros que tengo pesadillas con Corroes. —«Muy sangrientas, por cierto, Yo podía dar fe de ello»—. ¿Dónde quedó la Paz Eterna? ¿Es que la eternidad para los persas solo dura ocho años?

—Señor, sus fuerzas están muy bien organizadas. Los reyes sasánidas pretenden llegar al Cáucaso a través del Ponto Euxino y...

Las pétreas facciones del militar y diplomático, el eunuco Narsés, parecían reblandecerse ante el emperador. El armenio, que además ejercía de espía de Teodora, era más dúctil que el incombustible Belisario, su superior, y no pudo completar la frase.

—¡Basta! No quiero más excusas. Si hubiéramos organizado nuestros ejércitos en tiempos de paz ahora nos sería más fácil preservarla. —Los militares veían a un hombre maduro, harto de tanto conflicto, aburrido de guerrear. Una vida entera de luchas empezaba a pasarle factura. Había perdido el vigor de décadas

atrás—. Pero eso no es culpa vuestra, claro. Ahora marchaos de aquí. Hablad con el general cuando regrese de sus guerras y ¡por Dios!, ¡salvad la Hélade! ¡Salvad la Hélade! —repitió enajenado.

El estadista tenía una verdadera obsesión por que los persas penetraran por los Balcanes, asolaran Grecia hasta el Peloponeso y amenazaran Tesalónica desde el mar. No las tenía todas consigo y no sabía si podría evitarlo. Entonces realicé una prospección y emití un segmento que me devolvió la siguiente información: «No, no podría».

Bien, ya creí disponer de casi toda la información que necesitaba. El contexto histórico interior y extramuros del Imperio se dibujaba nítido para mí. No podía errar. Empezaba a asumir que aquel hombre no se liberaría jamás de combatir en múltiples frentes, que el remanso de paz que yo aguardaba para actuar nunca llegaría. Transcurrieron unos años más y Teodora habló. La conversación vino a corroborar mi tesis de forma definitiva.

Alguien estaba a punto de morir.

XVI

JUSTINIANO PODABA aquella mañana su almendro mientras meditaba. Además de los quebraderos de cabeza con ostrogodos, persas y eslavos, el espíritu de Atila, a pesar de llevar casi un siglo muerto, parecía perseguirle. «Querido, me temo que no, que nadie te persigue: aquí el único espíritu...».

Atila había sido un desquiciado líder con tanto talento para la destrucción indiscriminada como carente de conciencia que le sirviera de lastre. El pueblo nómada y sanguinario hacía peligrar los puertos de Crimea y Tracia. Y eso que su líder yacía hacía mucho bajo tierra. Con humor, Justiniano imaginó que con toda probabilidad Atila había sido una bellísima persona, pero un incomprendido. Sus huestes se dedicaban a hacer infértiles las

tierras por las que pasaban para evitar un exceso de producción agrícola y el consiguiente problema de excedentes. «Sí, tenía razón: inofensiva alma cándida, corderito algodonoso transmutado para hacer feliz a los hombres», pensé. Entonces vi, a través de los ojos del emperador, irrumpir en la escena a Teodora de Bizancio:

—El perfume y las sedas orientales con los que me agasajas son muy buenos, pero no valen un imperio. —Su marido, que había conseguido incomodar bastante a los «hijos de Corroes» arrebatándoles la hegemonía de las rutas a China y el tráfico por el Índico, replicó:

—Un imperio quizá no, pero verte envuelta cada mañana en esa fabulosa tela con alma de mariposa, ¿no vale todo el legado de la antigua civilización griega?

«No, como es obvio», pensé casi ofendida ante tal dislate dialéctico. Ya más serio, su frente se arrugó con preocupación y noté cómo su cerebro daba la orden involuntaria de tensar los músculos responsables.

—¡Malditos persas! ¿No les compramos la paz en el 32?

—Si usas oro y privilegios para comprar un valor universal, el vendedor, un buen día, reclamará más riquezas; el chantaje está servido. Te aseguro que la inscripción en la muralla que rodea nuestra ciudad no nos otorga protección divina. Al menos no para siempre.

La emperatriz se refería a las letras troqueladas en piedra en la puerta de Constantinopla y acuñadas con idea de que su simple lectura repelería al adversario: «Cristo, nuestro Dios, rompe triunfalmente la fuerza de nuestros enemigos».

—Mi querida Teodora, sabes tan bien como yo que desintegrar al enemigo, aplastarlo, no siempre es la opción más inteligente. —«No, pero a veces es la única»—. Para empezar, porque suele ser una hidra de la que de cada cabeza que cortas surgen ciento.

—Tienes razón. Entonces elegiste la opción menos mala, pero el reverso de la moneda es que, tarde o temprano, el pueblo sasánida, esos que adoran a Zoroastro, te pedirá más. —En ese momento, de repente, Teodora adoptó un tono siniestro y volví a sentir la nada más absoluta en las ondas de su pensamiento. El Mal volvía a habitar en ella—. Por cierto, he ordenado decapitar al general Belisario. Me molesta, me sobra. El fiel Narsés ocupará su lugar.

XVII

—¿CÓMO? —Justiniano no tenía ya fuerzas para reaccionar, aunque estaba tan sorprendido como yo. Percibí algo extraño en aquel asesinato cruel: era como si no estuviera en el guión de la Historia, como si esta acabara de ser reescrita por aquella mujer... o por el espíritu maligno que de forma intermitente la poseía.

El asesinato fue la gota que colmó la copa de la paciencia de Justiniano. Con el cerebro embotado, agotado tras una vida muy violenta, necesitaba refugiarse de tanta guerra, de tanta muerte, salir como fuera de ese reguero interminable de destrucción que le estaba envenenando por dentro. Y ello le condujo a recordar su afición tardía por la agricultura.

Habían pasado ya varios años desde sus lecturas al respecto y mil agotadoras batallas de conquistas y reconquistas. Entre ellas, una muy concreta en el 42, contra la peste, que tras matar a doscientos cincuenta mil habitantes de la ciudad estuvo a punto de costarle la existencia a él mismo. Pero aquella había sido otra batalla ganada y ahora solo pensaba en el viento que acaricia los campos de amapolas. Yo, tras un lustro embozada en su intelecto, creía por fin comprender qué es lo que hacía allí...

Actuaría, no podía esperar más. Si aquel hombre desaparecía, la embarcación en la cual navegaba por mi nueva existencia zozobraría... y con toda probabilidad yo con él. «Es más cruel temer a la muerte que morir», decía el poeta dramático Publilius Syrus. Tenía que actuar y hacerlo ya.

Con los bucólicos pensamientos que le parapetaban de todo lo demás, Justiniano I se fue a dormir una noche tórrida de julio del año 545. Pensar en la agricultura, como en otro tiempo en la teología, le aisló del terrible contexto que le rodeaba.

A la mañana siguiente se levantó con una certeza que, sin duda, terminaría de inmortalizarlo. Fue una decisión rápida e inquebrantable que comunicó a su esposa y a los cuatro mastines que por allí deambulaban:

—Al igual que he dedicado muchos años a confeccionar el *Codex Iustinianeus*, el *Pandectae* o el *Corpus Iuris Civiles*, haré lo mismo con la agricultura. Dedicaré los años de vida que me restan a preparar un Código Agrícola recopilando, glosando y ordenando la información de todos los siglos anteriores.

Yo sabía que había heredado de sus antecesores, de su tío Justino y del popular Anastasio, un ingente tesoro de oro y joyas. Ello, unido a una voraz política fiscal, le hacía disponer de recursos suficientes para continuar con sus campañas bélicas, con una importante actividad constructora y, sobre todo, con el nuevo objetivo al que decidió consagrar el resto de sus días.

Justiniano I, emperador macedonio y relevante autócrata procedente de familia campesina, salió al jardín palaciego. Al final de sus días el imperio bizantino alcanzaría desde las Columnas de Hércules hasta Anatolia; todo el Mediterráneo hablaría su idioma. Pero las conquistas bélicas no parecían importarle ya al maduro monarca. Había ordenado matar a muchos hombres en el pasado, pero estaba convencido de que

siempre lo había hecho en nombre del Altísimo. Ahora, lo único que todavía le emocionaba eran las flores y su innegable belleza. Era primavera y su almendro le regaló una orgía de blancos y malvas que embelesó sus sentidos.

Alguien, una persona muy concreta, estaba predestinada a recoger sus frutos. Los del almendro también. Ahora era en verdad cuando comenzaba mi verdadero y luminoso viaje. La noche siguiente me despedí de él para siempre.

Capítulo Segundo

HERACLIO I DE CAPADOCIA O EL EMPERADOR QUE AMABA A LAS AMAPOLAS (610-641)

*«Si no impelía al Basileo a tomar esa decisión, la humanidad
perdería cinco siglos y miles de millones de almas padecerían
hambruna hasta el fin de los tiempos.
Sentí el peso abrumador de la responsabilidad.»*

I

HERACLIO I, desde que subió al trono y se inmortalizó en las monedas en el 610, prefirió el título griego de *basileus* frente al romano de *imperator*. El nuevo monarca decidió cambiar la balanza conceptual grecorromana sin que nadie tuviera arresos para reprochárselo. Sin embargo, cualquiera que fuera su denominación y tendencias, tras una vida de luchas contra ávaros, persas y visigodos el verdadero enemigo se reía de él, preparado para escribir las páginas del Libro del Tiempo. El Islam, ese conjunto de pueblos que seguía la nueva corriente religiosa, irrumpiría fulgurante en la historia sin que la fuerza de mil océanos pudiera detener su vertiginosa expansión. Supe que antes de morir Heraclio, Bizancio tendría que ponerse de puntillas y replegarse en su territorio, pues la traza mora ya habría alcanzado Egipto, Siria y Palestina. Las consecuencias de esto no se harían esperar:

—Si luchamos en demasiados frentes dejaremos a la península balcánica en manos de croatas y serbios —proclamó Heraclio I de

Capadocia al hombre ensangrentado que permanecía de pie, delante de su trono, en la magna sala del palacio de Constantinopla.

El general, de menor presencia física que Belisario, representaba la realidad contundente y descarnada de la guerra. En seguida noté que seguía entendiendo la lengua empleada, aunque detecté cierta evolución en los vocablos y fineza en el acento respecto de la época anterior. Presentí que Heraclio tendría que tomar una decisión estratégica que, si se consuma, lo cambiará Todo.

Mientras tanto, yo, Hypatia de Alejandría, o el espectro de lo que una vez fui, acababa de cruzar, sin quererlo, otro trocito de eternidad. Lo hice tras aquella noche en la que me despedí del emperador Justiniano. Anochecí a mitad del siglo VI esperanzada y amanecí a comienzos del VII deslumbrada aunque también temerosa. Desconocía las oportunidades de las que disponía para interactuar con la Historia y no estaba segura de haber aprovechado la que el destino me había ofrecido. Desconocía las leyes que regían el universo por el que me movía, una enorme prisión espacio-temporal cuyos barrotes invisibles se sustentaban en mi ignorancia. Pero ese era su juego, así que jugué. Carecía de alternativa, aunque creía oír un remoto rumor celestial, un eco de risas ante mis desatinos, ante la todavía condición humana que me impregnaba. Mi capacidad lógica seguía incólume, pero como no podía racionalizar todo lo que me estaba sucediendo recurría a la lírica para no enloquecer; aunque sabía que nunca renunciaría a mi condición de científica.

Sentí, en ese instante, que me encontraba instalada en la mente de ese nuevo líder. Enfoqué mi atención hacia lo que veían sus ojos, lo que escuchaban sus oídos, lo que sentía su alma. Lo que iba a suceder durante su mandato sería crucial para mil generaciones venideras. Y quizás yo tendría que ver algo con ello. Presentía que errar provocaría un sufrimiento inconmensurable por lo que la responsabilidad me pesaba

como un firmamento entero. El interlocutor de mi nuevo *casero* habló sin ambages:

—Haber eliminado a ese centurión bárbaro, a mi suegro Focas, y restablecer la legitimidad imperial no os convierte en un San Jorge. No es bueno que creáis haber matado al dragón y que la plebe os adorará por ello para siempre. Ya nadie recuerda que heredasteis un Imperio esquilado, un ejército hecho trizas. La gente no tiene memoria más que para lo bueno... y ni eso.

Tras las duras palabras del ajado militar, Heraclio pensó que este representaba la realidad contundente y descarnada de la guerra. Recordaba, con su mera presencia, el filo de las espadas penetrando en los cuerpos, frente a la abstracción mentirosa de los planos de las batallas que se extendían encima del mármol y el marfil, con las tropas simbolizadas por muñequitos de colores y banderas. Vi también a cuatro hombres bien vestidos que en todo momento permanecieron en silencio; imaginé que podrían ser ministros del emperador. Supe que el que hablaba dirigía con mano de hierro un ejército desigual cuya caballería mercenaria la formaban un grupo heterogéneo de hunos, vándalos, godos, longobardos, hérulos, persas, armenios y árabes. Algunos de esos mercenarios formaban la temible tagmata, la Guardia Imperial de Constantinopla.

—Brillante resumen, general Prisco.

Noté cómo el basileo empezaba a perder la paciencia con tan insolente súbdito. También, vestigios de una inseguridad que jamás caracterizó a su antecesor y un espíritu contradictorio. No vi canes como en la corte de Justiniano y me pareció lógico a tenor de los mencionados aspectos de su personalidad: los animales los hubieran detectado también. —Quizás ahora creáis menester contarnos que los persas acaban de conquistar Siria y Jerusalén, apoderándose de la reliquia de la Vera Cruz, secuestrándola en Ctesifonte. ¿Qué me decís...?

II

—EL REY PERSA Corroes II acaba de conquistar Siria y Jerusalén apoderándose de esa reliquia de la cristiandad, mi señor. Y os recuerdo que, tras nuestra derrota, el monarca sasani ha capturado a más de cuarenta mil de nuestros soldados, esclavizándolos. —Aquel hombre parecía disfrutar desafiando, mortificando a su líder. Acababa de ofrecerle una versión casi apocalíptica del panorama militar en los confines, e incluso en el corazón del Imperio—. Y no debéis olvidar que el año pasado los suburbios de Constantinopla también fueron saqueados.

En ese momento, un niño de corta edad, cuya entrada en la sala había pasado inadvertida para ambos, y también para mí, se acercó hacia ellos ante su mudo asombro. Acto seguido, el crío subió gateando por la coraza del militar. Allí apoyado, empezó a lamerse la sangre que recogían sus pequeños deditos y que resbalaba por el pecho del hombre, fruto de alguna herida reabierta. La vida y la muerte se miraron un instante desde sus universos opuestos, hasta que una joven esbelta y de ademanes briosos irrumpió de la nada. Era bellísima y vestía una seda imperial que fuera de su flaca figura le quedaba grande. Tenía la nariz perfecta y una piel de nácar que resaltaba más todavía sus enormes y almendrados ojos color miel.

—Te espero en la cama. No se te ocurra hacerme esperar —se limitó a decir la joven mientras se llevaba al niño en volandas.

Reí por dentro al asistir a una escena tan similar a la que ya había vivido: el binomio emperador sumiso-emperatriz dominante y a un famoso general exhibiendo testosterona y gestas a partes iguales. ¿Se repite la historia pero remplazando los actores del reparto? Supe que el nombre de la mujer, Martina, pronto aparecería impreso en los libros.

Tras la interrupción, Heraclio agarró nervioso la cruz engastada en su frontal y se recolocó la corona con un gesto brusco;

quizá para que su fulgor áulico imbuyera en él la paciencia de la santidad, pero sin el resultado esperado. Noté que su estructura mental era diferente a la de su ya legendario antecesor; era también de aspecto menos fiero, más impaciente y visceral que el impertérrito Justiniano. Tenso, agrio y mesándose las largas barbas, gritó a su interlocutor:

—¡De acuerdo, de acuerdo! ¡Ya basta! Entiendo la gravedad de la situación y me estoy planteando la posibilidad de trasladar la capital a Cartago. ¿Cuál es el estado actual de las tropas? —El basileo hablaba con una desalmada máquina de matar cuyo único catecismo era el arte de la guerra. En espera de la respuesta de Prisco, el soberano miró el trono vacío reservado para Jesucristo. Desde tiempos de las dinastías Teodosiana y Tracia, aquel trono recordaba a los emperadores bizantinos la supervisión invisible e inquisidora del Altísimo.

—Los persas se acercan al Bósforo mientras que ávaros y eslavos se dirigen en estos momentos hacia aquí, hacia Constantinopla, por el norte. Si no actuamos ya, en unas horas podemos estar todos muertos. —El general engoló su voz de bronce y con gesto desafiante expuso sus peticiones—: Dotad ahora mismo a mis ejércitos de más efectivos, suministrad mejores armas a los soldados, inyectad más recursos a los militares o si no el Imperio Bizantino se verá reducido meramente a... —titubeó por primera vez— ... a vuestra persona, mi señor.

¿Qué significaba todo aquello? Estaba a punto de averiguarlo.

III

ME SUMERGÍ en su mente. Desde que falleciera su esposa Fabia Eudocia en el 12, hacía dos años, Heraclio ejercía su gobierno de espaldas al pueblo y a la Iglesia. Ambos estamentos repudiaban sus segundas nupcias con Martina, su sobrina, por impuras e

incestuosas. Supe que la joven ejercía entre madrastra y hermanastra mayor de los dos vástagos que tuvo el monarca con su primera mujer, Constantino y Epifanía. La irreverente juventud y belleza de la nueva emperatriz granjeó envidias entre sus ministros que, como acababa de comprobar, mostraban un aspecto solemne pero que, siempre según el emperador, poseían entrañas miserables. Los niños habían crecido en una atmósfera palatina, malcriados por nodrizas reales y enderezados por profesores griegos y árabes. Martina desempeñaba el papel de flor decorativa en los actos oficiales junto al emperador, muy alejada del relevante papel estratégico de la mítica Teodora, su antecesora y consorte de Justiniano. Mítica e inquietante. Los artistas que immortalizaban a los soberanos en mosaicos se esforzaban en rejuvenecer al basileo y dar un «golpe de horno» no solo a la cerámica, sino también a la imagen de la joven para equilibrar, aunque fuera desde el punto de vista artístico, el abismo generacional que les separaba.

Pero todo eso a Heraclio no lo importaba lo más mínimo. Despidió al general y se deslizó a la alcoba donde le esperaba su joven esposa.

—Llenas el sagrado palacio imperial con una frescura que inunda hasta la última estancia del edificio. Tu mirada tracia promete cosas indefinidas con versos alejandrinos que salen silentes de tus ojos de ensueño.

Con ese recargado lirismo Heraclio mostraba unos sentimientos que quizá no eran recíprocos:

—Casi se me saltan las lágrimas con tus palabras. Por cierto, ¿podrías cambiar tú el pañal al pequeño Heraclio Constantino? No encuentro a las nodrizas y me he roto una uña. Has tardado tanto que tendremos que posponer el amor para otra ocasión, querido.

Aproveché la obligada castidad del monarca aquella noche para seguir investigando. Mañana se le presentaba otro día

complejo, militar y políticamente. Ávaros y eslavos podían llegar a las mismas puertas de la ciudad, y Heraclio se planteó si estaría mejor fuera que dentro. Las revueltas populares amenazaban de forma muy seria la estabilidad imperial; ganarse al pueblo, convertirlo a un cristianismo homogéneo le parecía una epopeya. Supe al indagar en su memoria que, desde el comienzo de su reinado, el basileo urdía algo junto al patriarca Sergio y vi la escena, dentro de su cabeza como en un fogonazo:

—...Una exposición de fe, una nueva doctrina polivalente que satisfaga por igual a católicos ortodoxos y a monofisistas.—Vislumbré al que debía de ser Sergio, de enorme frente y luengas barbas; vestía las clásicas toga, estola oscuras y capa púrpura. La profunda mirada del patriarca casi me hipnotizó.

—Ilustrísima, tal como están las cosas dudo de que la reforma que planteáis cristalice antes del final de la década de los treinta. — El recuerdo se desbarató como un castillo de naipes y volví al presente del monarca.

El yo inmaterial que me conformaba volvía a estar anclado en el año 614. Como ya constaté en mi primera *incursión*, una especie de ondas concéntricas de conocimiento me permitían, en ocasiones, absorber información en torno a una línea cronológica descendente/ascendente de acontecimientos derivados de una persona: Heraclio acertaría en sus cábalas. Lo supe. ¿Qué más podía saber del futuro? ¡Peligro!

IV

LOS BÁRBAROS fueron repelidos en aquella ocasión y el pueblo poco a poco fue domesticado a golpe de espada. En tanto llegara ese momento de estabilidad anhelado por el mandatario, la indefinición religiosa seguía enardecido a la plebe y provocando disturbios entre ambas facciones. Alambicadas discusiones

acerca de la naturaleza de Cristo, en las calles, en el Hipódromo, en los mercados, en las villas patricias e incluso en palacio pedían a gritos un nuevo adjetivo que calificara a cada facción. Bizancio, generosamente, se lo otorgó.

Santa Sofía mientras, en cierta medida, atemperaba las desavenencias, pulía las aristas, templaba los ánimos como la proximidad de dos mares suavizaba el clima. Y lo hacía con su arquitectura definitiva, con su magnificencia, con la mágica cúpula que rozaba los pies del mismísimo Jesucristo. La población necesitaba un foco físico que materializara las certezas, que con su rotundidad incontrovertible sirviera de norte a los desnortados, de luz entre las tinieblas, de verdad a los confundidos. Santa Sofía jugó ese papel y parecía sonreír satisfecha por ello. ¡Ay! Si hubiera podido me hubiera transfigurado en un fiel que llenara con esperanzas y ruegos sus amplios espacios, apelando a los Altísimos, fueren de la naturaleza que fueren, a las Fuerzas Lógicas del Universo, a la Energía Latente del Cosmos, para que me ayudaran en mi delicada misión. Qué sola me sentía.

Mientras, en el exterior y ajeno a mis desvelos, Heraclio sufría para mantener la tenue integridad del Imperio. Vivir su angustia desde dentro era una experiencia terrible. A la mañana siguiente dijo a su esposa, Martina:

—Cada jornada tomo decenas de decisiones de las que depende la vida de miles de seres humanos. Me equivoco poco, pero cuando lo hago corren ríos de sangre que terminan por anegar mi conciencia. Recortaré algunos de los frentes activos: las arcas han despertado vacías esta mañana, ajenas a mis alocuciones dominicales.

—Si quieres ser honesto empieza siéndolo contigo mismo: quizás has tratado de maquillar la realidad con promesas irreales —respondió ella sin mirarle, casi desnuda, desde su sensualidad irresistible, mientras peinaba sus largos cabellos.

Pero, a diferencia de muchos políticos pasados y futuros, Heraclio sabía lo que ofrecía. En lugar de un emperador manirroto, Bizancio poseía como líder a un destacado estratega cuyo objetivo no era tapizar su vida con oro y riquezas. Algunos de sus antecesores habían padecido una hemiplejía que les impedía dar al pueblo con la mano derecha lo que ya habían robado con la izquierda. Viví desde dentro cómo Heraclio tomó el timón con solvencia, ubicado en su atalaya en lo más alto de palacio desde donde podía ver tres continentes. Muy poco a poco, el emperador comenzó a virar la proa del inmenso velero bizantino hacia aguas menos turbulentas. Aquella empresa se convirtió en su razón última... y no lo hizo mal del todo. Gracias a su clarividencia —me gusta llamar así a esa conjunción de factores no cuantificables por ningún científico—, lenta pero de forma paulatina puso proa hacia un destino desconocido. Pero Heraclio no conocía que pertrechado en su gran nave tenía un polizón silente.

Por mi parte, creí tener una sola oportunidad. Por ese motivo era necesario entender la situación a la perfección, en profundidad, para actuar en el momento preciso; tenía el puzzle casi completo. El tiempo era ahora un juguete en mis manos.

V

LOS AÑOS se deslizaron virulentos, el presente se transformó en pasado y el basileo pudo y supo enderezar poco a poco la calamitosa situación imperial que heredó. Días, semanas, meses y años transformando pensamientos en palabras y estas en acciones daban mucho de sí. En justicia, he de admitir que el éxito fue cien por cien fruto de su buen hacer. Yo todavía no había entrado en acción, me reservaba para esa única intersección transversal respecto a la inteligente forma de actuar del emperador.

La Tierra había girado trece veces alrededor del astro rey desde aquella siniestra conversación con el general Prisco. Y entonces lo supe: era el momento.

Era su momento.

Era mí momento.

Si no empujaba al emperador a tomar una decisión muy concreta, la humanidad perdería cinco siglos y miles de millones de almas padecerían hambruna hasta el fin de los tiempos. Sentí, de nuevo, el peso abrumador de la responsabilidad.

Actué.

Era primavera y Heraclio de Bizancio acababa de despertar. Sin titubear un segundo y completamente desnudo se dirigió al despacho imperial. Allí plantó sus nalgas sobre el frío asiento, ante el asombro mudo de la servidumbre palaciega.

—Pero señor..., su imperial trasero...

—¡Fueraaaa! —Y aquel grito, su inexistente indumentaria y sus ojos desorbitados fueron suficientes para espantar al servicio, que huyó despavorido.

Una vez solo, aprecié a través de sus sentidos el aroma de las preciosas adormideras del jarrón; adoraba las flores. Acto seguido, el monarca tomó una pluma y un pergamino y empezó a escribir. Y lo hizo como empujado por las hijas de Zeus, las Musas que inspiraron a los poetas épicos. Mediante el edicto que estaba redactando los soldados recibirían tierras en propiedad para su explotación agrícola. Aquel texto imperial obligaba a cada soldado receptor a aplicar el *Codex Agricolae*, de Justiniano en sus parcelas, para explotarlo de forma óptima. Así se cumpliría, en parte, su viejo anhelo de helenización, puesto que el código recogía, entre otras, técnicas agrícolas griegas. Luego Heraclio hizo llamar al prefecto pretoriano, su mano derecha y ordenó:

—Convoca de forma urgente a los gobernadores civiles y cónsules de Constantinopla, Alejandría, Antioquía, Salónica, Éfeso, Corintio y Trebisonda. —El alto funcionario acató la orden sin dar tiempo a su cerebro de calibrar las consecuencias a largo plazo, que serían dotar al Imperio de una mayor flexibilidad y eficacia.

¡Así fue! La idea ¿de Heraclio? era el último eslabón de una cadena de reformas de amplio alcance. El texto redactado se hallaba supeditado a una mastodóntica redefinición del concepto de administración imperial.

Esto, como él ya había intuido hacía años, lo cambiaría Todo. La clave fueron los llamados *themas*. ¿De qué se trataban?

VI

CADA UNIDAD fundamental del ejército bizantino, acantonada en un determinado distrito, se convertiría en una demarcación militar. Y lo haría a las órdenes de un *estratego*, un gobernador militar. Este, subordinado directo del emperador, recibiría todo el poder ejecutivo. Ejercería, además de sus funciones militares, las de administrador de jurisprudencia y de economía de su circunscripción. El proconsul o administrador civil entregaría su testigo al nuevo administrador castrense. Los *themas*, que así llamó, se desarrollarían sobre todo en los territorios liberados de las invasiones de Asia Menor.

Después de hablar con el prefecto pretoriano se puso a dar instrucciones más precisas a diestro y siniestro, a los hombres clave en la estructura del estado. Al último se limitó a decirle:

—Un Código Agrícola abreviado. Ya.

Por mi parte estaba muy satisfecha, aunque a la expectativa de cómo se iban desarrollando los acontecimientos. Estaba a punto de intentar algo nuevo dentro de su magna cabeza. No me

bastaba con ver y ayudar a avanzar a la humanidad social, cultural, tecnológica y científicamente. Yo también necesitaba hacerlo ¿Me lo permitiría el todavía abstracto Mal que me rondaba?

Heraclio, ya más relajado, decidió entonces visitar la tumba de su antecesor, como era tradición. Era lunes de Pascua y algunas nubes eclipsaban al astro rey. El monarca comprobó desde su carruaje imperial que la enorme Mesé, custodiada por bellísimas columnatas, empezaba a despertar con un suave trasiego de comerciantes, artesanos, sirvientes, esclavos, mendigos, prostitutas y soldados. Noté cierta evolución desde que había orbitado por ella junto a la mente de la emperatriz Teodora. Los vestidos, utensilios y herramientas de la gente eran sensiblemente distintos.

La Plaza Augusteo, entre el Hipódromo y Santa Sofía, representaba el núcleo del Imperio, el punto cardinal cero de dónde partían todos los caminos, desde donde se medían todas las distancias. La plaza, poco a poco y a medida que avanzábamos, fue mostrando al siguiente peldaño social formado por funcionarios, médicos, profesores, armadores, terratenientes y banqueros. Estos últimos procuraban no mezclarse con los anteriores... no fuesen a contagiarse de su pobreza congénita. El basileo miró la estatua ecuestre de Constantino, el monarca que fue al tiempo último emperador romano y primero bizantino. En su furibundo gesto de piedra se reflejaba la rabia, el amor propio y la contumacia que lo habían hecho eterno.

El dirigente atravesó el ambón de plata de Santa Sofía, el altar de oro y piedras preciosas, las enormes puertas con jambas de bronce, los cortinajes púrpura y los bellísimos mosaicos murales que reflejaban el faustoso lujo de la metrópoli. La frase de mi adorado Sócrates: «La belleza es parte de la verdad» acudió presta a su psique, dejó huella y marchó por donde vino... dejándome apenas tiempo para leerla. Ya en el panteón,

mirando la lápida de Justiniano I, de rodillas, empezó a releer el tomo abreviado de su enciclopédica obra.

El Código Agrícola lo conformaban treinta gruesos volúmenes que desmenuzaban, con el máximo grado de detalle, las artes agropecuarias, los tipos de cultivo según la zona climática, la maquinaria, abonos, barbechos y canalizaciones usados en la Antigüedad y mucho, mucho más.

En ese momento lo intenté. ¿Por qué no? Intenté algo a lo que nunca me atreví en mi anterior viaje. Intenté comunicarme directamente con él.

VII

—QUERIDO HERACLIO, yo, Hypatia de Alejandría, tuve la enorme fortuna de conocer a Justiniano en persona. También la diosa me miró de frente al colocarme dentro de ti. ¡Cómo me gustaría poder descender de tu mente, materializarme como lo que fui! Después mantendría una conversación contigo, como quien charla con un viejo amigo de igual a igual. ¿Puedes escucharme? Si es así denótalo con un gesto inequívoco. Repito: ¿PUEDES ESCUCHARME?, grité de forma metafísica con toda mi... ¿alma?

Pero él no mostró ningún signo de haber sentido mis palabras.

Ocho de los tomos del Código Agrícola desglosaban y glosaban, como nunca se había hecho, las técnicas ganaderas. Los diez últimos volúmenes ahondaban en técnicas innovadoras que corregían y perfeccionaban lo ya conocido. Por ejemplo, el monarca proponía arados pesados para labrar las tierras con más profundidad, el uso de caballos «jubilados» de las guerras más versátiles que los bueyes, la recuperación de las herraduras, el uso de fertilizantes naturales o molinos de agua para moler el

grano. Asimismo, Justiniano se atrevía a sugerir un sistema de organización no jerárquica para la explotación de las tierras. En ese sistema se premiaría al agricultor y se le subvencionaría en caso de pérdida de la cosecha. La fiscalidad del hombre del campo sería proporcional al beneficio, no en base a una cantidad fija que pudiera arruinarle en momentos de vacas flacas; esto contradecía la férrea política de impuestos aplicada por el emperador mientras gobernó, una política que terminó asfixiando al campesinado hasta arruinarlo.

Es como si con ese particular testamento, con el legado póstumo que era el código, Justiniano quisiera redimir sus errores, pensó el Basileo. Heraclio cerró el voluminoso tomo y oró durante media hora ante el pétreo monumento funerario. Después depositó diez jazmines blancos sobre el mármol inmutable y recordó un antiguo poema:

*Rectificar no es posible
desde el futuro maldito
el tiempo y yo fagocito
realidad inamovible.*

*Miro atrás a mi pasado
veo errores como flores
de semillas que he guardado
en mi mano sus olores.*

*Mil horas yo poseo,
yo poseo un solo mayo
del ayer de mi deseo
del mañana de soslayo.*

Después de sus palabras volvió a palacio y yo con él.

Transcurrieron, entonces, unos años más. Yo permanecí dentro de él, medrando, aprendiendo. Sí, ahora el tiempo era elástico, casi baladí.

Entonces acaeció. Un banquete. Un banquete en uno de los lugares más bellos del mundo: el punto exacto donde confluían Asia, Europa y África. Los ejércitos inmortales de la belleza proyectaban sus orlas sobre ese enclave. Estaba dispuesta a disfrutarlo.

Pero no me di cuenta al llegar, emboscada en la mente del emperador, que uno de los invitados no era quién parecía ser.

VIII

LOS ILUSTRES comensales de aquella comida parecían pletóricos. El marco formidable de una de las terrazas palaciegas, que se asomaba al Cuerno de Oro, colaboraba a que así fuera. Las petunias de las macetas de terracota y las rosas, los tulipanes y magnolios floridos como nunca y la hiedra enroscada hasta confundir a los capiteles; los helechos y la madreSelva, los nenúfares de las fuentes, los sauces cuyas raíces resquebrajaban díscolas el pavimento. Mil especies vegetales se fusionaban con el mar y el cielo que ejercían su papel de telón de fondo. Una brisa encelada, procedente del sur, besaba sus rostros y fluía a través de las columnas helenas de la balaustrada; su murmullo, que ahora llegaba del mar de Propontis, olía a África. Uno de los invitados, el magistrado jefe de la Corte de Constantinopla, dijo:

—Este vergel no desmerece a los difuntos jardines colgantes de Babilonia, concebidos por Nabucodonosor II —y ningún rayo celestial lo fulminó. Yo, ubicada entre la Tierra y los Cielos, hubiera sido la primera en avistarlo.

Los sirvientes retiraron las bandejas de caviar local, las fuentes de las ensaladas condimentadas con salsa garo de pescado y las de los guisos de ternera con flores fritas. También retiraron las artesas de las codornices al curry e incluso las cerámicas donde se habían disfrutado de los pasteles y dulces de Salónica. En la balconada y durante la comida habían desfilado juglares, acróbatas y bailarines. Ahora, en la sobremesa, se respiraba una nueva paz tras tanta canción popular, pirueta y trajín. La mesa de pórfito con remaches de plata y bronce tenía forma octogonal e incitaba al entendimiento. Desde una de sus aristas el patriarca de Constantinopla, Sergio, se puso en pie enarbolando su copa:

—Quiero proponer un brindis en honor de Heraclio, hijo del gobernador de Cartago, inteligente estratega y mejor persona. Los enemigos de Dios han retrocedido ante su poder. ¡Los ávaros claudicaron en el 19, Armenia y Capadocia vuelven a ser nuestras y Cosroes II aún se atormenta con la imagen del templo de Zoroastro en llamas! —Los otros siete comensales se levantaron y elevaron triunfantes también su vino ateniense, empezando por el propio basileo. Su esposa y sobrina, Martina, a su diestra, conservaba aún una envidiable lozanía. Pude comprobar a través del rabillo del ojo del emperador como su primo, el general Nicetas, no quitaba ojo a los altos pechos de la emperatriz. Se decía que había pactado con el diablo que el tiempo no hiciera mella en ella y así lo parecía; hacía muy poco que había alumbrado a Heraclonas, segundo hijo varón de Heraclio, y su cuerpo permanecía adolescentemente indemne. El padre del real vástago hablo:

—Agradezco estas palabras, eminencia. Sin embargo, quiero matizar algo que no por sabido es desaconsejable recordar: la Iglesia ha jugado un papel preeminente en la restauración del Imperio y en las reformas administrativas que he llevado a cabo para conseguirlo. Sus generosas aportaciones económicas han

sido decisivas, no nos engañemos. —El apuesto general Nicetas miró a su tío desde el lado opuesto de la mesa. A diferencia de Prisco la sangre heracliana corría por sus venas, a pesar de haber ascendido de forma meteórica en el escalafón militar por méritos propios. Al mirarle dos veces, vi la muerte reflejada en sus pupilas.

IX

SÍ. POCOS AÑOS después la muerte le aguardaba agazapada tras una batalla. Sentí pena por el chico hasta que me di cuenta, gracias a ese «flujo infuso» que, hasta que ese momento llegara, viviría con intensidad, como lo había hecho siempre:

—Señor, ¿por qué no nos contáis cómo se os ocurrió dividir el imperio en circunscripciones militares? Mi padre, Gregorio, me explicó que aquella fue la mejor idea que tuvisteis en la vida..., tras la de casaros con mi bella prima, claro. —Todos rieron y la aludida enrojeció, azorada. El Patriarca Sergio se mesó la barba cana y asintió mirando a los demás. Los dos jueces presentes de los doce integrantes de la Corte Suprema de Constantinopla y el más alto funcionario judicial, el prefecto pretoriano, hicieron lo propio, así que el basileo no pudo negarse.

—No creáis que hay mucho que contar, pero, en cualquier caso, ¡que corra el vino! Hoy quiero que Dioniso galope por vuestras venas, incluidas las de nuestro ilustrísimo invitado. El futuro es opaco e incierto —«Bueno, no para todos los presentes...»— y hoy, más que nunca, quiero que seamos príncipes del Instante, monarcas del Ahora. Esta misma mañana los miembros del gremio de enterradores me han preguntado por el color del mármol de Ática que envolverá mi sarcófago. Admito que no he sabido si contestar «blanco Praxíteles» o... ¡matadlos! —Todos

rieron y acataron, encantados, la orden de su líder. El bermejo elemento corrió de copa en copa.

—No estoy tan segura de que mi tío Gregorio tuviera razón y la idea fuera tan genial... —Martina, muy pronto, había alcanzado el grado étlico exigido por el monarca e incluso lo había rebasado con creces. En el momento en que empezó a hablar, su marido se dio cuenta de que quizás había sido un error incitarles al desenfreno.

Las lenguas se desataron y la atmósfera reinante se transformó de repente. Lo que había sido hasta entonces una afable velada mutó hacia un juicio inesperado, no con uno, sino con varios abogados del diablo. Pero el emperador estaba muy tranquilo. Aquel debate podía ser muy interesante y enriquecedor.

—¿Qué queréis decir con eso, señora? —El magistrado jefe de la Corte de Constantinopla rozó la irreverencia con su tono riguroso. La única mujer en la mesa le miró con desdén aunque se dignó contestar.

—Mi marido pretende que curtidos guerreros nómadas, que soldados culinquietos se conviertan en bucólicos y sedentarios agricultores. Lo siento, pero no me parece lógico. Lo he discutido con Heraclio decenas de veces, pero no parece verlo. —«Era cierto: yo había asistido a todas y cada una de esas discusiones con la rabia contenida por no poder intervenir».— Él siempre me pide...

—...Paciencia —interrumpió su marido—. Hace poco tiempo que...

—Disculpad señor, pero creo que a la prima Martina no le falta algo de razón. No quiero ser desconsiderado y mi fidelidad ante vos está fuera de toda duda pero discrepo de la eficacia de la medida por mi experiencia al frente de los ejércitos. Os diré lo que sé: Los soldados son, en esencia, analfabetos, y a pesar del esfuerzo de los escribientes para entregar un ejemplar resumido del Código Agrícola a cada uno...

Y entonces, fue el patriarca Sergio quien decidió intervenir. Tenía fama de afable, sabio, sincero y ecuánime aunque su pregunta revelaba cierta tensión:

—Señor, ¿queréis decir que el caudal monetario, el esfuerzo económico que ha realizado la Iglesia no ha servido de mucho?

Entonces miré a los comensales y recordé lo aprendido en los últimos años. De uno de ellos no captaba el rumor de sus ondas mentales y eso, ciertamente, me inquietaba.

X

CONTROLAR TODAS las reformas emprendidas por el monarca era obligación del alto clero, no solo por las aportaciones pecuniarias sino porque, de forma progresiva, la Iglesia había ido quitando atribuciones a los tribunales judiciales locales; los obispos querían tomar el relevo de poder que antes detentaron los latifundistas. En el ambiente flotaban futuras disputas entre el estamento eclesiástico y los generales que ejercían de *strategos* en las tierras cedidas por el Imperio. La nueva aristocracia militar no se lo iba a poner nada fácil. La complicada madeja del futuro se enredaba tanto que ni siquiera yo tenía claro cuál sería la tendencia predominante. Quizás esa entelequia, ese futuro opaco, lo único que indicaba a esta aprendiz de profeta es que nada estaba escrito. No al menos con letras indelebles.

—Nada más lejos de la realidad, Sergio —contestó Heraclio a su amigo de tantos años—. El dinero procedente de vuestro estamento ha sido definitivo, como ya he dicho.

—Bueno, no es eso lo que yo quería decir, ilustrísima. —El impulsivo Nicetas era todo corazón, pero ante interlocutores tan ilustres, esgrimió sus argumentos con mesura y tono didáctico—. Solo digo que la contrapartida bélica que se exige de forma implícita a cambio de las tierras mina la posibilidad de

que los campos prosperen; los conflictos militares son constantes y no hay mano de obra suficiente para atender el campo. Por otro lado, y como ya he comentado, casi todos los soldados son analfabetos, por lo que el tomo del código que se entregó a cada uno fue usado, con frecuencia, como combustible cuando no de purgante para los gorrinos. Es decir, que me temo que los animales de granja mejoren la dieta por un día y el ambicioso proyecto de mi tío Heraclio no pueda salir adelante de momento. —Noté cómo el aludido miraba sereno al hijo de su hermano. Dotado del tono paciente con el que, a veces, se reprende a los niños contestó:

—A ver, Nicetas, mis reformas son semillas cuyos frutos recogerán nuestros tataranietos. La división imperial en circunscripciones militares autónomas ha sido un rotundo éxito. Bien es cierto que la implantación de las enseñanzas del Código Agrícola de Justiniano requerirá más tiempo, lo admito. —«Qué duro resultaba torcer una brizna el curso de la historia»—Quiero matizar además que no solo los combatientes serán recompensados con tierras como has mencionado, sino también una legión de campesinos que, a cambio de las explotaciones agrícolas, serán reclutados para realizar el servicio militar. Milicianos agrarios y campesinos combatientes. El objetivo, entre otros, es aligerar de poder a la aristocracia rural que tanto ha estancado la agricultura durante centurias. Los guerreros-campesinos serán mucho más rápidos de movilizar en caso de conflicto y, os aseguro, defenderán sus tierras con sangre y fuego, con mucho más empeño que unos meros mercenarios a sueldo a los que les importa muy poco lo que defienden. Unas tierras heredables, os recuerdo. Estos hombres lucharán por el porvenir de sus hijos, no por el vil metal.

—Lo siento. A mí no me gusta nada lo planteado, y no puedo mentir. ¿No intentó algo parecido Mauricio en Rávena y Cartago con más que dudosos resultados? —preguntó el jefe de los

Jueces. La sorpresa del resto de los comensales fue mayúscula y noté cómo el enfado del emperador hacia los dos jóvenes primos, que todavía no se había sedimentado, dejó paso al estupor.

XI

EN ESE momento *emergí* de Heraclio. Lo hice para acercarme al magistrado que acababa de hablar para intentar captar el rumor de sus ondas mentales. Quería saber si era sincero y su irritación no era una pose.

Sentí, al igual que nada más conocer a Teodora de Bizancio la negrura más absoluta, lo que me incomodó en grado sumo. ¿Quién era ese hombre? A buen seguro, sería un serio obstáculo para los planes de Heraclio. Me replegué entonces, un poco desconcertada, para volver a guarecerme en mi particular morada.

Percibí, sin embargo, que muy pronto me mudaría a otra época para convertirme en *inquilina* de otro personaje en el desconocido futuro. Hacía ya tiempo que había actuado; solo los siglos juzgarían con qué fortuna. El porqué había permanecido con el basileo desde entonces era otro de los muchos interrogantes sin resolver que decidí afrontar sin tensión y con humor: ¿Estarían reparando el ingenio que me hacía viajar por el tiempo?

—En efecto. Veo que estáis bien informado. —Heraclio parecía muy seguro y taxativo. Los titubeos de otrora se habían ido transformando en certezas; su voluble carácter, templando con los años—. Aquellas reformas no cristalizaron porque no se las imbuyó del impulso político adecuado. —Miró a sus sobrinos—. Entiendo vuestras dudas pues son, en efecto, razonables. Dejad que el agua, el sol y el tiempo hagan su trabajo.

En ese momento el dirigente se levantó de la mesa y se acercó, ante la atenta mirada del resto de los comensales, a un enorme

almendro que me resultaba familiar. Sus ramas, cargadas de frutos, se vencían hacia el pavimento de la terraza. La alegoría estaba servida.

—¿Quién quiere almendras?

Pero antes de irme de ese tiempo y mellar la eternidad, como una golondrina el viento, pude asistir como testigo a algunos acontecimientos siniestros.

XII

LA INVASIÓN de Egipto, por parte del califa Omar I trajo aparejadas funestas consecuencias para la Biblioteca de Alejandría: fue arrasada y lo que quedaba de su colección cultural, destruida. Esto, en el ocaso del basileo bizantino Heraclio, puso punto final a la cadena de despropósitos comenzada en el año 47 antes de Cristo, cuando las llamas la devoraron durante la guerra de Julio César y Pompeyo Magno. En el año 272, el emperador Aureliano se levantó una mañana con irresistibles ganas de quemarla, e hizo realidad esa caprichosa inquietud. En el año 391, Teodosio I decidió arrasarla junto a otros edificios paganos, después de que le hicieran la manicura, pero antes de tomar un cuchillo y dividir el imperio entre sus hijos Honorio y Arcadio. Por lo tanto, los desvaríos pirómanos del califa no eran nuevos para aquel templo del saber. Con estos precedentes *alguien* había tomado drásticas medidas para preservar su contenido.

A Heraclio, tras la destrucción por los musulmanes de parte de la ciudad que iluminó la Antigüedad, solo le restaba morir y así lo hizo.

El día de su muerte estuvo canturreando desde la mañana un himno popular. Tras preguntarle sus allegados contestó que entonaba el *Akathistos*, compuesto en el 26 tras ser salvada la ciudad del asedio persa. Parecía satisfecho o resignado, a pesar de

la invasión mora, quizá porque ignoraba que el senado rechazaría sus últimas voluntades para con sus descendientes: Constantino, ya un hombre, y Heráclonas, todavía adolescente. Sin temor al tiempo que se acababa, con majestuosa serenidad, sus últimas palabras antes de ir a ver crecer esas flores que adoraba desde abajo, fueron:

—Al menos Jerusalén conservará la reliquia de la Vera Cruz y, al reducirse el Imperio, ahorraremos en la confección de mapas. Además ahora mi sastre podrá librar los jueves, como deseaba.

Salí de él justo antes de que muriera.

Sin embargo, sin saberlo, la recuperación de la reliquia y la implantación de los *themas* no fueron sus únicas aportaciones a la tragicomedia humana... Grandes festones de hiedra cubrieron su mármol y el dosel de alabastro en la lenta ceremonia de las décadas y luego de los siglos. Envueltos en sombras, el mutismo de los tilos, centinelas caducifolios de su lecho eterno, solo era roto por el murmullo de las flores carmesí agitadas por el viento. En la lápida alguien cinceló:

AQUÍ YACE
GLORIOSAMENTE SOBRE EL POLVO
EL HOMBRE QUE SONREÍA A LAS AMAPOLAS

Mientras el tiempo se desdibujaba como los añiles de las cerámicas pompeyanas pregunté: Oh, Mal supremo, ¿dónde estás? ¿Me esperas en el siguiente recodo del camino?

¿Hacia *cuándo*, hacia *dónde*, me dirigiría?

Capítulo Tercero

LA SONRISA BEATÍFICA DEL VENERABLE O LA FUNDACIÓN DE LONDINIUM (733)

—¡Alto! ¿quién vive? —gritó uno de los centinelas que custodiaba
las murallas de Londinium.
... —Mátalos y echa sus restos a los perros.

I

SE TRATABA DE UN VIAJE a través de dominios tenebrosos. Una aventura a cuyo directo epicentro nos dirigíamos, en aquellas tierras que pronto nos desvelarían sus secretos. Una brumosa isla lejana a mi natal Alejandría que los romanos llamaron Britannia, supongo que para no soliviantar a sus espíritus ancestrales. Beda dormía entre sus dos compañeros de viaje, inmutable a pesar de los baches del camino. Su ejemplar de la Biblia, asida por sus regordetes dedos, parecía protegerle de todo mal. El benedictino soñaba como un niño, pero mi desvelo parecía perpetuo aun habitando en él.

Acababa el primer tercio del siglo VIII.

Hacía varias jornadas que nuestro carromato atravesaba un primitivo paisaje llano herido por riachuelos y pantanos. Los brezales y páramos de tojo, romero y arándano habían vencido a los bosques de hoja caduca, pero de presencia perenne durante los primeros días. Egberto y Cuthbert, sus discípulos, contemplaban en silencio el amanecer evanescente, y yo con ellos, gravitando entre sus cabezas para no perderme el espectáculo. Estar tan cerca me hacía vivir sus sentidos, y noté que el astro rey

empezaba a despertar ante sus miradas desenfocadas por el cansancio. El primero, Egberto, templaba las riendas del sumiso percherón de sangre tibia, crin blanca, robusto cuerpo tordo y andares pintureros. Destacaba en la descolorida frente del cuadrúpedo un lucero irregular que señalaba siempre nuestro norte, que era el sur; el segundo diácono, Cuthbert, marcaba la ruta siguiendo la pauta de un mapa esquemático, sin florituras, que les había entregado el mensajero.

Durante la vigilia habíamos atravesado una noche celta habitada por los ecos fantasmagóricos de ritos druidas que parecían reverberar en cada roca, en cada arbusto. Siluetas totémicas nos rodeaban de forma furtiva y se movían con la lenta cinética que impulsan los pliegues de la imaginación, y con el permiso de armiños, comadreja, erizos, topos, tejones y algún zorro. Sus sangrientas liturgias narradas por Beda la víspera, con detallada crueldad, habían estado omnipresentes toda la noche.

«Los poetas, preparados de forma previa con libaciones de muérdago, son desnudados. El Archidruida realiza unos cánticos para llamar a la Iluminación personal. Acto seguido, y con hoces doradas, desmembraban al infeliz. Su cabeza es colocada en un altar especial para que pueda ver el rito. Se le abre el abdomen y se le introducen siete bellotas y una piedra de azurita, con la cual se le proporciona fuerza y sabiduría. Después el poeta regresa del otro mundo para vestir la túnica blanca y portar la hoz de oro».

Las primeras luces del cielo incandescente y el clamor de los madrugadores estorninos fueron recibidos con júbilo, no siempre contenido, por los dos religiosos de Jarrow y percibí de forma nítida cómo ambos dieron gracias al Señor por conservar las cabezas sobre los hombros.

En ese momento, y tras muchas horas, Cuthbert susurró para no despertar al maestro:

—Egberto, parece que sobrevivimos a la noche, como el legendario héroe Beowulf sobrevivió al gigante Gréndel, vencíéndole. Y sin ayuda de los daneses, ¿qué me dices? —En este salto había encontrado un muro idiomático más difícil de salvar. Tardé unos días en interpretar, desde la cabeza de Beda, aquellos extraños vocablos.

El otro contestó:

II

—CUTHBERT, si nuestro guía espiritual te escuchara te reprendería por mentar hazañas épicas que solo viven en los manuscritos que escribió algún loco. Por amor a la verosimilitud y a las crónicas que tan laboriosamente redacta nuestro preceptor, olvida esas leyendas para adolescentes. —El diácono, casi sin mover las riendas, templó el rumbo del caballo—. No obstante, reconozco que me llena de gozo haber dejado atrás ese paisanaje invisible y siniestro. —Y bajando más aún la voz, añadió—: No entiendo cómo nuestro maestro se obstina en continuar esta aventura en vez de refugiarnos en una abadía o monasterio del camino.

—¡Calla! —Ahora era el otro el sensato.

—¿No decía el Señor: «Caminad mientras tenéis luz para que no os sorprendan las tinieblas?».

—Sí, Cuthbert, pero sus palabras no aludían al hecho físico, idiota: recurría a la figura literaria de la metáfora —zanjó Egberto.

En sus andanzas por tierras celtas, acumulaban ya aventuras y desventuras de cierto calado; libélulas gigantes y bestias enanas, diluvios universales y pedrisco local, maleantes de poca monta y fulleros de monta y cuarto, llagas lacerantes y

destemplanzas a flor de piel, entre otros desafueros. En los días gélidos todos esperábamos al espectro de San Martín para que nos prestara su capa, pero al parecer su tejido no daba más de sí ante tanto necesitado de calor por el mundo.

No todo había sido aciago; por las tardes el sacerdote distraía del aburrimiento entonando responsos gregorianos de su amplio repertorio. Y lo hacía hasta que sus discípulos le suplicaban silencio, erigiéndose en mis involuntarios portavoces. Algunas noches, y después de una frugal cena alrededor de la fogata, todos cataban un corrosivo licor de endrinas en el que se diluían los temores, y que duplicaba las figuras durante horas. El efecto que yo sentía dentro del cerebro del benedictino era divertido y desconcertante. La similitud fonética condujo al monje a concatenar baya y monarca, y para serenar a sus diáconos, Beda terminó contándonos a todos la historia de la sobrenatural reina Etheldrina, cuya análoga sonoridad no era solo casual.

—Según cuenta la leyenda, la particular monarca Etheldrina conservó su virginidad hasta la muerte y sus restos, de forma milagrosa, permanecen todavía incorruptos, como la cabeza del rey Osvaldo.

Aquella remembranza desató las carcajadas de Egberto.

III

—SUS RESTOS permanecerán incólumes sumergidos en alcohol de bayas; o cuán supina sería la fealdad de la reina que ni hombres ni gusanos osaron tocar a la reina ni en vida ni en muerte.

Si la reina se removió en su tumba ante la irreverencia y las carcajadas de todos los presentes no hubo ninguna constancia. También reímos, —sí, yo también, a mi manera—, pero esta vez por la satisfacción que proporciona sobrevivir, ya en las afueras

de Verulamium, parada obligada para el sacerdote. De esa pequeña aldea era natural San Albano, mártir cristiano decapitado por orden del emperador Diocleciano. Los lugareños apenas conocían al santo y los tres religiosos casi terminan como él al ser tomados por druidas cuando honraron su relicario. En la precipitada huída Cuthbert terminó en el río y Egberto encaramado a un chopo. Beda acudió al rescate con el carro y a punto estuvieron de que la muchedumbre los alcanzase. Por la forma en que enarbolaban sus guadañas y sus exabruptos, Beda pensó que la negociación era muy desaconsejable.

Aquel episodio, al margen de las chanzas que les provocaba al evocarlo, me recordó de repente al que precedió a mi muerte física: aquella otra multitud enloquecida de religiosos exigiendo mi cabeza, un trofeo que finalmente obtuvieron. Si hubiera tenido columna vertebral en la que apuntalar un escalofrío lo hubiera experimentado. El futuro es un asiento cómodo y seguro desde el que soslayar el pasado, hacer y deshacer con el desparpajo de un dios, cuyo cetro de mentira dura lo mismo que el recuerdo: un suspiro.

Aquellos tres hombres que evolucionaban en un tiempo y lugares que no eran los míos tenían una misión fabulosa que acometer; si no fuera así las entidades que me dirigían no me hubieran ubicado en ese enclave espacio-temporal. Eso era lo que había aprendido de mi estancia en los emperadores bizantinos. A pesar de la particular penitencia vivida hasta aquel momento, la auténtica encrucijada estaba aún por llegar en el siguiente recodo del sendero.

Percibí a través de sus sentidos que esa mañana el aire olía a tierra mojada y el cielo pintaba gris plomizo tras el espejismo del amanecer. Irreductible, indómito, el techo celestial no se había dejado domeñar siquiera por sus esperanzas. Los contornos fueron perfilando un horizonte almenado. Los ecos de cinco mil almas dormidas centellearon a su alrededor.

—¡Alto! ¿Quién vive? —gritó uno de los centinelas que custodiaba las murallas de Londinium, viejo asentamiento romano fortificado para aguantar las acometidas de las tribus germánicas.

La villa se había convertido en un magnético nudo de comunicaciones que absorbía, como un imán, a cualquiera que se acercara a sus alrededores. Situada en el estuario del río y al oeste de su desembocadura, había sido un punto estratégico de embarque de cereales y mineral para las tropas imperiales. Las arcaicas vías, empedradas gracias a la sangre de los esclavos, nos había ayudado a llegar hasta allí, sirviendo de referencia luminosa los días de aguas verticales de ese invierno torrencial.

La voz afilada del vigilante penetró en el sabio benedictino y quebró su mundo onírico de un plumazo.

IV

—¡VIVEN LOS VIVOS, mueren los muertos! —dijo Beda con los ojos hinchados, la garganta anudada y sin saber aún a quién hablaba—. Yo muero por vivir una muerte muy vital. Pero hay gente que vive en vida una muerte letal.

—¡Basta! —rugió con más fuerza el perfil humano recortado contra los muros.

Otro guardián, al llegar a su altura, agarró con violencia las riendas del caballo hasta detenerlo. Una nube de polvo nos envolvió durante unos segundos. Tras desaparecer, la luz del amanecer y la de las todavía encendidas antorchas revelaron a un joven raquítico y desdentado, ataviado con unos harapos que pretendían ser un rudimentario uniforme. Iba armado con una lanza paupérrima, un sucedáneo herrumbroso de espada, y un escudo carcomido de corteza de abedul. Su compañero, también flacucho, no le iba a la zaga, pero, eso sí, lucía un cinturón de

hebilla oxidada que ceñía la tela de saco con la que iba engalanado. El complemento le confería un punto o dos más de prestancia que su compañero. Víctimas de una endogamia de generaciones, los pobres exhibían unos cuerpos que daba pena verlos. Eran lo más opuesto imaginable a los fieros soldados griegos de infantería o a los temibles centuriones romanos.

Fue entonces cuando me volvió a suceder.

Orbité alrededor del más joven que irradiaba unas ondas lineales de una simplicidad preocupante. Pero, cuando intenté entrar en el otro, el que parecía el jefe, sentí dolor, como cuando intenté lo propio con Teodora de Bizancio o con el magistrado bizantino. La mente del personaje era infranqueable, más que las murallas que tenía detrás. Un cúmulo de sensaciones estalló dentro de mí: desconcierto, incomodidad, incluso miedo. Aquello generaba un «desarreglo», una especie de desajuste en la energía de la que, al parecer, estaba compuesta.

Beda, al que algún día, tras su desaparición, se le conocería como «el Venerable», sonreía como un Buda feliz.

—Viejo, ¿a dónde te diriges? ¿A dónde os dirigís? —repitió el muchacho mirando nervioso a los diáconos que le flanqueaban—. ¿Qué lleváis en ese carromato?

El sacerdote pensó que ambos celadores de la villa representaban a la pre-Inglaterra de manos mugrientas y mentes lineales. Por una parte no se equivocaba. Con infinita paciencia y como si tuviera toda la eternidad para contestar, el sacerdote atusó los hábitos y se miró las uñas. Cuthbert y Egberto permanecían sepultados en un tembloroso silencio esforzándose, sin éxito, en resultar invisibles.

—Nos dirigimos al reino anglosajón de Kent. Haremos escala en Durovernum para proveernos de víveres; fruta, sobre todo. —Señaló el zurrón de cuero que portaba en su regazo—. Nuestro equipaje se reduce a un poco de agua, cuatro liebres pardas, dos percas y un lucio que atraparon, no sin dificultad, mis compañeros

de singladura. No portamos monedas que, desde el Concilio de Orleáns, andan proscritas en nuestro humilde monasterio. Si no es demasiada molestia para vosotros, no nos matéis. ¿Tenéis intención de hacerlo?

V

SI EL VENERABLE tenía miedo nadie podría notarlo por fuera y yo certifico que, por dentro, tampoco. ¿Imprudencia? ¿Extraordinaria sabiduría que le hacía tomarse las cosas con *sôphrosynê*, esa serenidad espiritual? ¿Había aprendido él también de los maestros? La situación era, en efecto, peligrosa. Uno de esos individuos era inquietante, imprevisible. Los centinelas parecían desconcertados ante la monolítica impavidez del religioso. Su suficiencia y serenidad terminó por irritarles. El más joven, que no alcanzaría los diecisiete años, les interpeló blandiendo amenazante su irrisoria espada:

—¡Maldita sea! ¿Qué ocultáis en ese carro, demonios? —Arrugó su fea nariz, quizá para aparentar rudeza, quizá en un gesto reflejo del que llevaba toda la vida padeciendo el hedor que manaba del Támesis. Su sajón era casi ininteligible: enfatizaba las consonantes y casi se olvidaba de las vocales. En sacerdote respondió.

—Nada. Un poco de nada relleno con un puñado de nada envuelto, eso sí, con nada de nada.

El otro soldado, tras rodear el carro y levantar la tela que lo cubría, comprobó confuso que aquel hombre decía la verdad:

—Es cierto. El carro está vacío. —Y mirando a los ojos del benedictino gritó:

—¿Dónde habéis dejado la carga y de qué se trataba? ¿Y por qué queréis ir a Durovernum?

Beda miró las murallas de la incipiente ciudad y, cual rayo, cruzó por su cabeza la quimera de una Britania unificada; en ella

los reinos germánicos integrantes de la heptarquía anglosajona, Northumbria, Mercia, East Anglia, Essex, Wessex, Sussex y Kent formarían todos uno, grande y poderoso. El sueño era glorioso y, al parecer, parecido a lo que, hacía dos años, había pretendido el rey de Mercia, Ethelbald, pero de mucho más alcance.

Tiempo.

Sí, Beda, tiempo. El Cronos de los griegos, el Saturno de los romanos, nos devora a todos nosotros, a sus hijos, y como diría Plotino: «Imita a la eternidad» pero, añadido yo, mientras llega ese momento nos brinda la oportunidad de que saldemos nuestras deudas. Pero él, me temo, no me escuchaba; su mente estaba enfocada en algo más importante: salvar sus vidas con la única arma de su verbo. No lo tenía fácil.

—Muchachos, no estáis siendo muy amables.

Su suave y depurada plática le convertía en un ser de otro tiempo y casi de otra especie —como el de mis héroes del siglo dorado—, frente a los toscos rebuznos de aquellos atolondrados guardianes del polvo del camino. De forma asombrosa les desgranó sus planes como si fueran interlocutores válidos y no despojos humanos muy peligrosos; peligrosos no por sus armas de latón, sino por su superlativa ignorancia. Aunque uno de los centinelas era *otra cosa* imposible de definir por mí en ese momento.

—Desde allí, desde Durovernum —siguió—, queremos llegar al estrecho para atravesar el mar rumbo a las Galias. Algún barco pesquero podrá transportarnos si su patrón dispone de un corazón de envergadura similar al calado de su barco. No albergo dudas de que Dios recompensará su denuedo y su altruismo con un estómago lleno y una mente vacía de problemas. El monasterio benedictino de Poitiers nos servirá de refugio y posada. El carro está vacío, pero pretendemos traerlo de vuelta lleno de sabiduría.

Los centinelas eran dos botarates con la sagacidad de una marmota somnolienta. Sin embargo, la política de apaciguamiento sereno del religioso no parecía haber funcionado. El otro soldado, el *opaco*, miró a su compañero y ordenó sin pestañear:

—Mátalos y echa sus restos a los perros.

VI

SU PARTICULAR epopeya —y la mía dentro de él— había comenzado hacía nueve días. Sentado en el catre de su habitación, en el monasterio de Jarrow, Beda había hecho crujir sus huesos aquella mañana de febrero del año 733. El día había amanecido turbio, pero su vieja cabeza se mantenía límpida como el agua de los manantiales de Wearmouth, donde había nacido sesenta y un años atrás.

Una sola idea ocupaba sus pensamientos. Tendrían que esperar a mejor ocasión las cartas que escribía su adorado Casiodoro desde su misión junto a los monarcas godos. También dejaría a medias la relectura de la «Historia de los Francos» de su homónimo Gregorio de Tours. La nueva idea con la que se había desayunado eclipsaba todo lo demás, es decir, los himnos a los santos, sus rezos, sus epístolas canónicas y sus letras capitales historiadas de motivos zoomorfos.

La noche anterior, momento en el que entré en él, se había acostado con una noticia llegada de las Galias: Carlos Martel había derrotado cerca de Poitiers al jefe musulmán Abd al-Rahman ibn, emir del califato andalusí. Pero, ¿cuán frescas eran tales noticias en un continente carente de vías de comunicación?

Antes de apagar la llama fluctuante oró en voz alta citando los evangelios de San Juan. Ambos leímos juntos en una lengua que yo desconocía, pero cuyos conceptos fui interpretando con más o menos dificultad por las sensaciones que en él provocaban.

Supe que el apodado Venerable había manifestado en incontables ocasiones que las Sagradas Escrituras eran para él una «guía para la vida eterna». Cuando concibió dicho pensamiento quizá desconocía la precisión con la que su afirmación se vería refrendada con su propia vida. Mientras dormía, ambas ideas —las de San Juan y las del hecho bélico de las Galias— se amalgamaron en él hasta que alumbró lo que sería su obsesión hasta la muerte, dos años después. Al despertar, gritó:

—¡El fabuloso legado cultural y científico árabe tiene que difundirse lo antes posible por Europa!

En esos conocimientos incluía la ingente herencia clásica arrebatada a los bizantinos. Alguien tiene que acercar La Luz a un continente sumido en las Tinieblas.

La idea en sí tenía algo de insólita, bastante de descabellada y, sin duda, mucho de imprudente. De hecho, a consecuencia de ella, el filo del metal se acercaba en aquellos momentos de forma muy peligrosa a su garganta. Estaba a punto de morir.

VII

AHONDANDO en sus recuerdos supe que, desde que fue llevado por sus padres al monasterio de Wearmouth, con siete años, jamás había salido del reino de Northumbria, incluso al trasladarse a la abadía gemela de Jarrow. Beda se había convertido en diácono a los diecinueve años y en sacerdote a los treinta. Y sabía que sus mentores en la abadía, caso de vivir aún, habrían desaprobado la locura que tenía en ciernes.

«Y qué más da eso. Sé fiel a ti mismo. Que tus referentes no te equivoquen. Erígete tú mismo en el astrolabio que te guíe a través de los océanos en busca de la Verdad, aunque yerres y colisiones contra las rocas». Comprobé que mis silentes arengas eran de todo punto innecesarias. Para él estaba todo nítido; no

albergaba ni la más remota duda acerca de lo que estaba a punto de llevar a cabo.

—Traza el rumbo claramente y síguelo sin mirar a izquierda ni derecha, con constancia y energía —se dijo.

¡Qué fuerza tan inconmensurable la que le impulsaba, la fuerza titánica de la fe cristiana! He de reconocer que, incluso a una pagana confesa como yo, me dio que pensar.

Entonces me di cuenta de la clase de hombre excepcional ante el que me hallaba, quizás el más cultivado de todo Occidente en ese tiempo: consagrado al conocimiento y empujado por la fuerza demoledora de su fe, siguió el ejemplo de San Isidoro de Sevilla: escribió sin descanso sobre historia, filosofía, cronología, aritmética, gramática, astronomía y música, aunque todo ello arropado por la teología. Las «Crónicas eclesiásticas de los anglos» calarían de forma tan profunda que llegaría a ser considerado el fundador de la cultura cristiana anglosajona, el padre de la historia de Britania. Su pluma fue la que labró una tradición común para el conglomerado de tribus germánicas ubicadas en las islas y sentó las bases para que esa sociedad, hasta entonces desestructurada, tomara conciencia de una identidad inglesa, concepto muy vinculado y presidido por la cruz de Jesucristo. Ahora bien, el historiador veraz, como le gustaba definirse, era consciente de la extraordinaria explosión de progreso que habían llevado los árabes a las tierras conquistadas. Es más, casi sentía que el monarca carolingio Martel hubiera detenido el avance musulmán. El fracaso de las *razzias* musulmanas en el asedio por mar de Constantinopla en el 717 y la detención de su avance en el norte de Hispania y ahora en Poitiers, dibujaban en el horizonte el final de la era de los Omeyas.

El amanuense benedictino tendría que buscar otro cauce para que el viejo continente disfrutara de unos logros entre los que figuraban sorprendentes avances en la navegación, matemáticas,

alquimia, medicina y geografía. En cuanto a la tecnificación asombrosa de su agricultura, adoptaron las técnicas de riegos mesopotámicos; las mejoraron con el Código Agrícola arrebatado en sus conquistas a los bizantinos y, ante el clima desértico de las zonas conquistadas, sus desaladoras de agua de mar, propulsadas por molinos de viento, podrían convertir en unas décadas el litoral del norte de África en un vergel. Heraclio jamás hubiera imaginado un método de expansión mayor del Código Agrícola de Justiniano.

El sabio se preguntaba por las cotas de producción que alcanzaría Europa si se aplicaran los mismos parámetros en un clima más benigno que el desértico. Se rumoreaba que sus propias traducciones de las obras clásicas habían tenido mucho que ver en los avances filosóficos, literarios pero sobre todo científicos y tecnológicos de los árabes. El pueblo que soñó Mahoma había dado pasos de gigante para universalizar el comercio, no solo con medios técnicos, sino con una inteligente organización: buen sistema de letras de cambio y cobertura legal a los comerciantes que habían sentado las bases para una economía mercantil. Además, su insuperable artesanía, su alto grado de perfección en la forja de aceros, una excelente producción poética y la desarrollada economía urbana, hacían del musulmán, en ese momento, el pueblo más avanzado de la Tierra.

Nueve días atrás, Beda el Venerable se había levantado del catre para mirar por la ventana sin ver, porque sus ojos miraban hacia un trocito del futuro. Muerto Willilbrord, obispo de Utrech y excelente mediador entre anglosajones y carolingios, pensó en quién podría sustituirle. Sí, le escribiría una carta urgente, una carta crucial.

VIII

SU AMIGO Winfrid de Kirton sería el destinatario. El misionero había ascendido de forma paulatina en el escalafón eclesiástico y en la actualidad era arzobispo y primado de la Iglesia germana. El papa Gregorio III lo había designado para el cargo mientras se encontraba inmerso en una lucha casi personal con el basileo bizantino, León III Isaurio, y sus delirios iconoclastas. Tras la excomuni3n del basileo, la Iglesia y Constantinopla se habían enfrentado de forma encarnizada con un complejo desenlace.

Supe que alg3n d3a a Winfrid se le conocer3a como San Bonifacio.

*Abad3a de Jarrow, Northumbria
A 12 de Febrero del a3o 733 de nuestro Se3or.*

Amad3simo hermano Winfrid:

Te escribo la presente carta a vuelapluma solicitando tu socorro. Tras el descalabro predecible del Imperio Romano y la fus3n entre Oriente y Occidente, temo que la Europa que ya citaba Her3doto caiga en un abismo. Los sucesores de los irrepetibles Justiniano y Heraclio gastan sus fuerzas en luchas fraticidas o dilapidan su legado haciendo o3dos sordos a todo lo que les llega de Roma. Reconstruir una y otra vez el inestable marem3gnum en que se ha convertido el otrora imperio es labor 3mproba. Al oeste, las tribus b3rbaras representan la anarqu3a en un reino de nadie, donde el conocimiento est3 proscrito, donde nuestro Dios no tiene cabida. Sin embargo, el inefable Succat venció a la realidad y cristianizó al pueblo celta, los sin credo, tras m3s de un milenio de desnortado periplo por el desierto. Agust3n de Canterbury hizo lo propio con Ethelberto, cuya esposa, reina franca y cristiana, a buen seguro sirvi3 de gran ayuda. Hace un

siglo el rey Oswaldo unificó Northumbria y con la ayuda de los monjes de Dowe convirtió a sus habitantes.

El rey mártir atrajo bajo su mando a todas las naciones de Bretaña: británicos, pictos, escoceses e ingleses, y las fusionó con la fuerza incommensurable de la palabra de Dios; gracias a él el cristianismo adoptó una fuerza moral desconocida hasta entonces. El nuevo rey, Oswy, derrotó a los mercios veinte años después y los atrajo también al cristianismo. Como bien sabes, el Sínodo de Hertford, dirigido por el arzobispo Teodoro de Tarso, unificó el cristianismo británico al romano; sin duda una dulce victoria tras tantas y tantas amargas derrotas de los idealistas abnegados que nos precedieron. Tú mismo has consagrado la vida a la labor de evangelizar las tierras germánicas, con bastante éxito, según ha llegado a mis oídos.

En mis tratados sobre el cálculo del tiempo, De Temporibus Liber y Ratione, traté de sintetizar la historia de un mundo teñido por océanos de sangre, pero también de esperanza y de logros mayúsculos. El ser humano, hiperbóreo o austral, noble o villano, refulgente o tenebroso, lucha contra sí mismo arañando conquistas al futuro. La empresa de moldearlo a medida que nos llegan sus primeros fragmentos indómitos sería inconcebible sin ayuda del Señor.

Tiempo ha garabateé estos modestos versos que, creo con humildad, poseen asombrosa vigencia ahora que me dispongo en persona a buscar la Luz anhelada:

*Mil quiméricas batallas
aquellarres se ganaron.
Mar de tinta de gran talla
derramada se libraron.*

*Era que refulge bruja
ningún ojo contemplaron,
del futuro una burbuja
lontananza imaginaron.*

Tras una existencia cuya consigna «Oración y Trabajo» fue llevada a sus últimas consecuencias, creo poseer la autoridad moral para realizarte la siguiente solicitud:

Reúnete con el magno Carlos Martel, hijo de Pipino de Heristal, soberano del reino franco de Austrasia, y transmítele mi inquietud de que su gesta de detener a los árabes en Poitiers se vuelva en nuestra contra. Las espadas de sus soldados pueden haber cercenado la posibilidad de que el extraordinario legado musulmán y clásico llegue hasta nosotros. Solo ese conocimiento en estado puro puede salvarnos de la zozobra que se cierne sobre nosotros. Ya medié en el pasado entre Martel y el Papa solicitando de parte de este al monarca que apoyara el desembarco de la Iglesia en Belisaria sin ninguna consecuencia. Espero, por el bien de la civilización occidental, que esta vez tengamos más fortuna.

Por mi parte hoy mismo me despediré de la muralla de Adriano para emprender un largo viaje en pos del conocimiento. Me dirijo hacia otra muralla, esta inmaterial, que separa dos mundos, dos versiones del mismo Dios, para inferir en ella una fisura por donde drene el saber. No sé si conseguiré mi objetivo y por eso apelo a ti.

Lo que sí sé es que no me queda mucho tiempo en el reino de los vivos. Soy un exiliado del cielo y siento premura por volver a mi patria. Pero antes de hacerlo he de intentar tender un puente que nos salve de las tinieblas.

Dios esté contigo.

*BAEDANUS DE MONKTON
Siervo de Cristo y sacerdote*

IX

A DIFERENCIA de lo que sucedía en la cuenca mediterránea, en la que todavía funcionaba el servicio postal, enviar una carta en aquella región era empresa muy arriesgada. Por ello, Beda realizó otras dos copias exactas de la misiva, y rubricó y lacró todas con el signo de la abadía. Enrolló los tres pergaminos, los introdujo en sendos cilindros de madera y los selló también con cera. Después encomendó a tres parejas de novicios voluntarios la osada misión. De entre todos los seleccionados primero apartó a Egberto y Cuthbert. Rechazó a los que tenían demasiados pájaros en la cabeza y también a los que la poseían amueblada en exceso. Del reducido grupo que obtuvo escogió a los seis más duchos jinetes y hábiles con la espada. A cada equipo se le proporcionó víveres y unas pocas monedas de plata con leyendas rúnicas. Esto último para apaciguar a los maleantes que jalonaban los caminos —una vez alcanzado el continente, poco les servirían con los merovingios que solo atendían al áureo metal para sus transacciones—.

También portarían un salvoconducto del arzobispo con quien Beda mantenía excelentes relaciones y que se hallaba, por fortuna, hospedado en aquel tiempo en la abadía; en caso de dificultades dudaba de su utilidad, pero más valía llevar el blasón de un prohombre de la Iglesia que nada. A todos les aleccionó en la prudencia recordándoles que primaba su integridad sobre su encargo. Cada pareja saldría con dos días de intervalo y se adentraría en el continente tomando una ruta diferente. El joven heraldo que les trajo las noticias procedentes de las Galias les desvelaría los secretos de los caminos hasta salir de la isla. Después de esto y con la sonrisa todavía pintada en el rostro, recuperó a sus dos más fieles discípulos explicándoles el tipo de aventura que les aguardaba.

Ambos asumieron su destino con una mezcla de melancolía por su idílica vida monacal y de emoción ante lo desconocido.

Después el religioso cargó un pequeño cuero con lo imprescindible junto a una versión latina de las Sagradas Escrituras y un manuscrito de su propia factura, *De Locis Santis*, por si tenía que sobornar a alguien instruido. A pesar del invencible peso de los años él también emprendería un largo viaje. Un viaje que en aquel momento podía estar a punto de concluir.

X

—MÁTALOS y echa sus restos a los perros —repitió el centinela de la muralla de Londinium.

—Hemos atravesado toda la isla de norte a sur, desde Jarrow, encontrando no pocas dificultades. —Beda, caminaba por el filo de la hoja que estaba a punto de atravesarles, y desató su lengua con temeridad—. Algunas de las aventuras y desventuras me evocaron al primer libro del Pentateuco; juraría que anteayer, detrás de la cortina de agua, me pareció ver a un hombre de largas barbas subir parejas de animales a una embarcación de madera.

Los diáconos apretaron los dientes y contuvieron la respiración para no estallar en carcajadas que, con toda probabilidad, les hubieran costado el cuello de forma instantánea. Si Beda seguía tensando la cuerda pronto se rompería. ¿Se había vuelto loco? Yo, por mi parte, rebusqué entre mis clásicos para entender su actitud y encontré al historiador Cayo Salustio Crispo que me susurró a través de los siglos: «Mayor es el peligro cuanto mayor es el temor», no dejándome del todo convencida.

—Os pido que nos permitáis seguir nuestro periplo. El Santo Padre, el rey Edelberto que está en los cielos, Gregorio I Magno y la humanidad, en general, os lo agradecerán.

Aquellos obtusos chorlitos, pensó el Venerable, aquellos pobres diablos sin suerte podían condicionar el rumbo de los

acontecimientos. Con toda probabilidad morirían jóvenes sin pena ni gloria. De su paso por este mundo no quedaría nada salvo, quizás, la desgracia infinita de retrasar la humanidad un tiempo indeterminado. ¿Cómo podía yo impedirlo?

Egberto pareció despertar de su estupor. Luego dijo con un ripio de voz casi tan confuso como la jerigonza que emitían los centinelas:

—Eeeh... nosotros... llevamos un salvoconducto del arzobispo de Eboracum.

Querría el hilarante destino, muchos años después, que el propio Egberto ostentara ese mismo cargo que ahora mentaba sobrecoigido. El religioso, de mediana edad, extrajo de sus hábitos un legajo lacrado y lo extendió tembloroso ante los dos centinelas. A ambos se les quedó la cara de idiota que en realidad tenían. Fue en ese momento cuando lo percibí: el extraño muchacho parecía volver a ser solo eso. Era como si fuera otra persona diferente. Comencé, de repente, a sentir sus ondas de pensamiento, tan simplonas, tan lineales como las del otro. ¿Qué estaba sucediendo? Tenía que averiguarlo. Mientras tanto me sentí liberada.

Tras mucho estrujarse las meninges y mirar el papel como si fuera un fragmento de otro mundo preguntaron:

—¿Qué es un arzobispo?

—¿Qué es Eboracum?

Ahora era al Venerable al que empezaba a agotársele la paciencia. Sabía que sería como si Claudio Ptolomeo intentara explicar la teoría cósmica geocéntrica a un salmón, pero aún así lo intentó:

—A ver, muchachos: Tenemos que llegar al ducado de Aquitania y penetrar en zona musulmana. Una vez cruzada la vanguardia de sus tropas hemos de contactar con los dirigentes y pedirles...

—¿Aqui... que?

—Oid —interrumpió el celador menos joven—, he sabido que los árabes poseen unas espadas que son capaces de cortar a un venado en dos partes de un solo tajo e incluso de horadar la piedra, y...

...Tras las palabras del centinela, a Cuthbert se le encendió una pequeña luz dentro de su benedictina cabeza. Primero lanzó una «piedrecita» a esos dos representantes del inframundo anglosajón:

—Bueno, la fabulosa espada mágica Nægeling, sí era capaz de eso y de mucho más. —Sus compañeros de viaje le miraron interrogantes con la certeza que se le habría indigestado la «liebre a la nada» de la noche anterior. Pero uno de los centinelas reaccionó sorprendido:

—¿Eh? ¿Qué dices? Yo sí que he oído a un trovador mencionar esa espada de la que hablas. Mientras canta, ese bardo aporrea las cuerdas de un engendro del que salen sonidos celestiales. Aunque creo que lo del arma mágica no es más que un cuento de ese perro de Bedford que narra por cuatro monedas.

Era el momento, pensó Cuthbert, su momento. La prudencia dejó paso a una incontinencia verbal que dejó a todos atónitos. A mí la primera:

XI

—NO, NO. No son cuentos. Sucedió en verdad. Hablamos de Beowulf, el héroe. Ya siendo muy joven dio muestras de su valentía y coraje luchando contra las tribus venidas del norte. Hugelac, rey de los Jutos y tío de Beowulf, albergaba en su corte al temible Breka, diestro con la lengua y con la espada, pero de corazón de piedra. Beowulf se enfrentó a Breka en una batalla que duró cinco días con sus cinco noches, incluso debajo del mar. Nadando y peleando fueron separados por una terrible tormenta.

Breka amaneció en una playa y Beowulf en una loma. Allí nuestro héroe resistió el azote de las aguas embravecidas, de incontables monstruos marinos y de ninfas inhumanas...

Los centinelas permanecían boquiabiertos, abducidos por las palabras de Cuthbert. Beda y Egberto mandaban hostiles mensajes telepáticos al diácono que, por alguna misteriosa razón, no penetraban en su rapada mollera. El diácono seguía desplegando una locuacidad torrencial sin precedentes:

—...Sin vencedor ni vencido ambos se presentaron al rey. Por su valor agasajó a Breka con deliciosos manjares y los placeres proporcionados por bellas mujeres. A su sobrino, sin embargo, le regaló algo mucho más valioso para él: la espada Nägeling. Con ella, Beowulf lucharía en el futuro contra los frisios, contra dragones, incluso contra un gigante horrible, Gréndel, que mató a los treinta y dos hombres más valerosos del reino.

Los cinco interlocutores de Cuthbert, —cuatro visibles y una servidora, intangible de todo punto—, quedamos mudos de asombro ante la narración. La actitud de los vivos estaba dividida dos a dos. Sus compañeros de viaje, Beda, su maestro y Egberto, su igual, le miraban como si desearan que en ese momento se lo tragara la tierra. ¿De dónde había sacado esa historia su discípulo?, pensó el sacerdote. Los celadores, sin embargo, estaban maravillados:

—¡Es asombroso!

—Qué valiente ese Weoboolf.

—Beowulf —corrigió—. Cuando regresemos de nuestro viaje os puedo relatar la historia del enorme Gréndel, mitad gigante, mitad demonio, y de cómo fue expulsado de la corte del rey Hrothgar por un mago y de cómo su enorme brazo, una vez amputado por Beowulf, cobró vida colgado del techo de la sala...

—¡No! ¡Ahora! Nos contarás esa historia ahora o probareis los tres la punta de mi lanza —gritó impaciente el más joven. Las

palabras de Egberto, por unos instantes, habían llenado la vacuidad de sus insulsas vidas. Beda volvía a sonreír. El artificio del diácono había funcionado. Si no fuera por lo lejos que quedaban las tierras donde murió el rey Osvaldo atribuiría la catarsis de los dos centinelas a un milagro. En ese momento, el monje benedictino sintió una emoción inconfesable. Ambos tuvimos la misma certeza:

XII

LA MISIÓN tendría éxito.

—No, chicos, Ahora nos dejaréis marchar. Lo que no ha relatado mi amigo es qué avanzado pueblo forjó la famosa...

—...Nägeling —ayudó Cuthbert en rápido reflejo. La procedencia de aquella espada era la mentira más grande que había soltado en su vida, pero la noble causa la justificaba, sin duda.

—Sí, Nägeling —retomó el Venerable. Aquellos infelices comerían ahora de su mano—. Voy a proponeros un trato. A nuestra vuelta tenemos intención de regresar por este mismo punto y ofrecerle nuestro tesoro documental a mi querido amigo, el piadoso sacerdote Nothelm de la Iglesia de Londinium. Él siempre ha sido el nexo entre la Santa Sede y un servidor de Dios. «Y su excelente relación con las autoridades de la urbe será clave para el copiado y difusión de los manuscritos musulmanes y clásicos» —añadió para sus adentros—. Pero en nuestro equipaje siempre hay espacio para algo más.

—Adelante, podéis continuar.

Aquellos dos desdichados fueron decisivos para la fundación de la metrópoli de Londinium. Allí mismo y cumpliendo su palabra, Beda volcaría a su regreso todo el legado árabe rescatado en aquel viaje. Dos imponentes espadas forjadas en Damasco serían el presente prometido por el religioso.

Cuando el carro se alejaba, con nosotros cuatro a bordo, Beda tuvo un pensamiento maravilloso que me envolvió como una dulce bruma azul:

«Oh, Jesús amante, que te has dignado abreviar mi alma en las ondas suaves de la ciencia, concédeme la gracia de hacerme llegar un día hasta ti, que eres la fuente de la sabiduría, y no permitas que me vea privado de disfrutar de tu divino rostro en la patria celestial. Una vez regrese presiento que será inminente mi partida, pues deseo hacerlo para estar con Cristo».

Entonces me di cuenta de una vez por todas de lo que se fraguaba en la cabeza de aquel monje excepcional: su amor al conocimiento era equidistante, equivalente, al amor a su dios. La religión y la ciencia podían coexistir y alimentarse con dulce reciprocidad. Eso es lo que, en vida, siempre quise transmitirle al que luego se erigiría en mi mortal enemigo, mi asesino, Cirilo; Cristo y Platón eran las dos caras de la moneda y Beda el Venerable era el paradigma de ello. Pero el patriarca no quiso escucharme y me envió a sus feroces hordas para que acabaran conmigo. Mis pensamientos, mis recuerdos, mis sensaciones son la prueba que no lo consiguieron del todo.

Ya me iba de ese ámbito, de ese tiempo, pero antes asistí a su muerte desde dentro.

XIII

BEDA EL VENERABLE, cuyo nombre en lengua sajona significa «oración», murió a los sesenta y tres años en la abadía de Jarrow. Lo que allí acaeció fue transmitido gracias a Cuthbert; las generaciones venideras desconocerían si su imaginación coloreó el final del sabio nacido en la aldea de Monkton. Mi palabra, desde la dimensión en la que me encontraba cautiva, carecía de valor, pero puedo afirmar que el diácono fue riguroso en la crónica de

los hechos. Para la posteridad lo único cierto es que falleció tiempo después de haber concluido el viaje y tras regresar al fortificado refugio benedictino.

—Puedo declarar con toda verdad que nunca vi con mis ojos, ni con mis oídos, a nadie que agradeciera tan incesantemente al Dios vivo, incluso el día de su muerte —afirmó el que tantos años le siguió.

Era la víspera de la Ascensión, el 25 de Mayo de 735. Rezó el *Gloria Patri* y al filo de la medianoche Beda afirmó:

—He vivido bastante y Dios ha dispuesto bien de mi vida. —Y agregó al monje escribano que le acompañaba—: Ahora sostenme la cabeza y haz que pueda dirigir los ojos hacia el lugar santo donde he rezado, porque siento que me invade una gran dulzura. Así sentado puedo llamar a mi padre. —Canturreando como había hecho durante las tardes de aquella épica misión, la que trajo la Luz a Europa, entonó casi sin fuerza: —Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Fueron sus últimas palabras. De repente, escuché un silencio cósmico dentro de su cabeza. Me sentí desnuda, desamparada sin su energía vital. La sensación fue terrible. Gravité entonces fuera de su cuerpo, como quizás también lo hizo su alma. Si fue así yo no percibí nada y esa sensación, o mejor dicho, esa ausencia de ella solo vino a agravar de forma dolorosa mi desasosiego. Para atemperarlo en la medida de lo posible, me aferré a Heráclito de Efeso y su «Inmortales, mortales, inmortales. Nuestra vida es la muerte de los primeros y su vida es nuestra muerte».

Su cuerpo, tras el óbito, permaneció sentado con las manos sobre los estribos de la silla con un gesto entre melancólico y burlón con el que daba la sensación de estar sumergido en un plácido sueño.

Ahora, con perspectiva, quizás alguien pudiera preguntarse: ¿Qué poderosa fuerza empujó a un anciano monje a realizar tan arriesgado viaje? ¿Nada más que un sueño de Luz?